

GONZALEZ CASANOVA (Coord.) -
América Latina: Historia reciente
Siglo - Tomo II - Centroamérica, México
y el Caribe. Siglo XXI Editores - México
1981 -

CUBA: DEL SEMICOLONIALISMO AL SOCIALISMO (1933-1975)*

JULIO LE RIVEREND

I INTRODUCCIÓN

"Si mi queja del mundo es nueva, su hábito de maltratar es muy antiguo."

C. Colón

Colonia española desde 1510 y semicolonía norteamericana de 1898 a 1958, Cuba posee una historia rica en experiencias sociales, si bien no presenta las complejidades de tipo étnico y cultural que se dan en otras sociedades de pareja función dependiente. Hay en la línea de su acontecer secular una gran unidad pues casi no sufrió los efectos de traspaso de soberanía, salvo la muy efímera ocupación británica de La Habana (1762-1763) y, desde luego, la decisiva intervención yanqui en 1898. Otros ataques, agresiones y bloqueos anteriores a la última fecha apenas dejaron huella.

No sobrevivieron los elementos indígenas y por ello se constituyó su pueblo como entidad de exclusivo, o casi, mestizaje hispano-africano. Por consiguiente alcanzó su expresión nacional con suma coherencia lingüística y cultural.

Su condición insular le proporcionó una evidente especificidad; a la que se unía la posición geográfica en el golfo de México que hizo de ella, al compás de la historia americana, uno de los más importantes cruceros del mundo. Adquiere una significación más universal a medida que, por un lado, la América continental atrae al capitalismo europeo y por otro se constituye al norte una potencia económica de creciente peso en el mundo: los Estados Unidos. Ciertamente es que esa posición en el mapa propició celos, recelos y ambiciones entre las fuerzas colonialistas, pero sólo revistieron caracteres de crisis profunda cuando el capitalismo monopolista, a fines del siglo XIX, planteó la lucha encarnizada por un nuevo reparto del mundo.

Dentro del contexto universal su rol económico se basó desde el siglo XVI en la exportación de productos primarios, ganado en pie y cueros, azúcar, tabaco y más tarde, claro está, café los cuales vinculaban el país al mercado internacional capitalista desde los días de la revolución mercantil mundial, en cuyo ámbito se producen el descubrimiento de América y la colonización. Este rasgo bien definido —casi excluyente de toda otra significación económica— se encuentra hasta 1958 en la base de su evidente subdesarrollo o, por decirlo con más propiedad, de su crecimiento para un creciente subdesarrollo.

* Este ensayo fue terminado a principios de 1975 y revisado en 1977. No se han podido tener en cuenta todos los elementos que constituyen la etapa actual del desarrollo del país. El postfacio completa este panorama hasta 1979.

Debe destacarse que sólo hubo un cambio social de profunda repercusión durante los cuatro primeros siglos: la abolición de la esclavitud (1880-1886) que, de una parte, introdujo el esquema social capitalista, bipolar, y de otra, liquidó la vieja clase terrateniente, fortalecida desde fines del siglo xviii por el auge de las exportaciones.

Todo cuadro generalizador como el que esbozamos corre el riesgo de reseñar fenómenos que se han observado en diferentes territorios coloniales, semicoloniales y neocoloniales. Por ello, precisa subrayar un carácter significativo; la sociedad cubana no se forma sobre elementos humanos y culturales de una previa sociedad superviviente a pedazos, como sucedió en la América llamada indígena o en Asia sudoriental o en África o en países árabes. A su vez los componentes africanos constituirían, al llegar a Cuba, un abigarrado conjunto inconexo o de escasa unidad con un sustrato común mas con manifestaciones culturales y sociales diversas, entre otras las lingüísticas que forzaban a los esclavos a expresarse en español. Todo ello a pesar de que los esclavos provienen casi exclusivamente del África ecuatorial. Esto implica que el decisivo aporte africano a la formación de Cuba tuvo que insertarse en el marco de una economía y una cultura totalmente europeas, de pura y simple conquista, lo cual, si bien mantiene un desgarramiento interno prolongado a través de siglos y particularmente agudo en los siglos xix y xx, favorece asimismo el marcado carácter unitario de la nación.

II. ANTECEDENTES (1868-1933)

1. *Auge y crisis del colonialismo español (1790-1868)*

La primera gran crisis coincide —aun cuando no se trata de un azar— con una vasta depresión cíclica del capitalismo (1857-1866). Casi medio siglo antes, el viejo sistema colonial había sufrido un serio quebranto a causa de la emancipación de América Latina (1810-1875) y en diferente escala, con ocasión de la independencia de los Estados Unidos (1775-1783). Esa ola de liberación que se inscribe en el marco de transformaciones profundas (Revolución industrial y Revolución francesa) forma parte, por consiguiente, de un vigoroso movimiento de difusión universal del capitalismo, de la democracia burguesa y del surgimiento del nacionalismo, que la emancipación en ámbito continental acelera y profundiza.

Cuba colonial se mantuvo casi totalmente al margen de la acción política propia del proceso, aun cuando no faltaron conspiraciones y cambios ideológicos inducidos por lo que sucedía en su derredor. A esa paz contribuye de modo especial el auge económico del azúcar, el café y el tabaco. La formación de la clase terrateniente exportadora y su acrecido poder en torno al núcleo de los hacendados azucareros, fue a la par que consecuencia de los cambios internacionales y promoción del desarrollo del país, un freno para toda veleidad o aspiración política. Ese crecimiento provocó una introducción masiva de esclavos africanos que refuerza la propensión al quietismo ya que suma a las contradicciones de orden político colonial un agravado conflicto social interno.

Desde fines del siglo xviii rítmicamente la metrópoli comenzó a extraer enormes

riquezas del país, ya vinculado de modo irreversible al mercado capitalista internacional. Se constituye, como sucedería en nuestro siglo con algunas estructuras colonialistas en decrepitud (las portuguesas, por ejemplo) un tipo de parasitismo colonial-capitalista que bajo la bandera de un país europeo escasamente desarrollado ampara y promueve los intereses de las potencias más avanzadas. La doble inserción que ello supone favorece en Cuba a la clase terrateniente cuyo valimiento alcanza la Corte de Madrid y se enlaza, por otro lado, con las pujantes finanzas de Estados Unidos, Gran Bretaña y Francia.

A partir de las décadas tercera y cuarta del siglo xix, por requerimiento e incitación del comercio internacional, aparecen las más modernas tecnologías azucareras, los nuevos mecanismos de crédito, el asociacionismo capitalista y el transporte ferroviario. La dependencia en que todas esas novedades capitalistas se encuentran respecto del régimen de trabajo esclavista genera y acentúa una progresiva contradicción que comenzará a revelarse en la matanza de africanos descontentos e insatisfechos, conocida con el nombre de Cauka de la Escalera (1841-1845).* El hecho de que más del 50% de la población sea negra, por sí solo conformaba una causa decisiva en el mantenimiento del colonialismo español. Aquella sanguinaria presión no trajo la paz y la seguridad que ambicionaban los grupos dominantes internos y metropolitanos. En consecuencia, se pretendió superar la situación promoviendo la modernización industrial con el objetivo de reducir la mano de obra esclava, de introducir en los ingenios algunos empleados técnicos de raza blanca y de competir con la amenazante industria del azúcar de remolacha.

Este cambio progresivo se extiende desigualmente por el país lo cual provoca una división de la clase terrateniente en dos estratos diferenciados. En occidente (La Habana-Matanzas); al calor de la proximidad de los grandes mercados y de las líneas de navegación internacionales, hay hacendados azucareros muy poderosos, poseedores de ingenios modernos, favorecidos por el crédito comercial exterior y estrechamente relacionados con el poder colonial (lazos familiares, dignidades estatales, complicidad en el tráfico de esclavos, coherencia de intereses). El proceso de concentración industrial, de indudable carácter capitalista, a base de fábricas más eficientes, más productoras y de mayores plantaciones, comienzan después de 1840. No sucede lo mismo en el centro y el oriente del país donde las condiciones internas e internacionales mantienen la industria a nivel muy semejante al que existía en 1790 y aun antes. Los hacendados de esas regiones son los menos poderosos y por faltarles el acceso a mercados, el crédito y la tecnología eficiente, son muy sensibles a la crisis.

* Causa de la Escalera. Hacia 1840 empeoraron las condiciones de vida de la gran masa de esclavos a consecuencia de la creciente intensificación de la producción de azúcar en la provincia de Matanzas, particularmente; y, por razón de su número, que atomizaba a los propietarios esclavistas y autoridades coloniales, dado que se estaba produciendo la abolición en las Antillas británicas y se perseguía el tráfico clandestino de africanos, se produjo bajo el pretexto de algunas sublevaciones y motines de esclavos, una feroz represión caracterizada por la aplicación sistemática de torturas y numerosas sentencias de muerte. Los colonialistas persiguieron, confiscaron sus bienes e, incluso, dieron muerte a numerosos mestizos y negros libres. También se extendió la persecución contra ciertos criollos juzgados peligrosos, como José de la Luz y Caballero. Todo ello basado en una idúlosa conspiración abolicionista que Domingo del Monte denunció a su amigo norteamericano Alejandro Everett, quien, a su vez, lo comunicó al gobierno español. La ola represiva duró hasta 1844.

dización del enfrentamiento clasista cuyo punto culminante fue la Comuna de París.

Al finalizar las hostilidades, es abolida la esclavitud (1880-1886) que había constituido la objetiva vocación y realización de la guerra. Se consumaba el paso a una estructura capitalista. La clase terrateniente en virtud de su dependencia se torna toda ella conservadora y colonialista —bajo España o los Estados Unidos— o tímidamente reformista lo que indicaba el mantenimiento de la dualidad de dominación entonces existente. La polaridad antagónica propia del capitalismo define y simplifica las posiciones políticas y de clase. Ya no había, como en 1868, un "ala izquierda" terrateniente capaz de desencadenar una revolución. Por otro lado, comienza un nuevo asociacionismo obrero, penetran las ideas socialistas, anarquistas y anarco-sindicalistas, gérmenes todavía inmaduros de una conciencia de clase. El congreso obrero de 1892 asoció la lucha por la liberación nacional con la de clases reconociendo su recíproca congruencia, cambio que a nuestro entender supone que las experiencias patrióticas forjadas en 1868-1880 se transfirieron a modo de experiencia histórica a los estratos populares. De esta suerte, como ocurre en todo proceso de "modernización", las contradicciones políticas y sociales se acentuaron.

No faltaría en ese cuadro un período de crisis internacional caracterizado por recesiones y recuperaciones bruscas que duraron hasta 1893-1895. Uno de los efectos de estas perturbaciones provocadas por la aparición del capitalismo monopolista fue la estabilización de bajos precios internacionales del azúcar. Éste fue uno de los primeros ejemplos de la aplicación de mecanismos generadores de una relación de intercambio desigual. El crecimiento de la American Sugar Refining Co., de la sociedad inglesa Tate and Lyle y de la compañía francesa Say, unida al predominio del azúcar de remolacha europeo, forma parte de un cuadro en que numerosos hacendados cubanos son eliminados de la producción y comienzan las inversiones directas norteamericanas. Se constata un súbito empobrecimiento general del país, verdadero sustrato de una renovada situación revolucionaria.

Quien veía la necesidad de conquistar una patria en medio de aquel intrincado panorama de crisis económica —que él menciona concretamente— de soberanías yuxtapuestas, de creciente desgarramiento interno y de inmediatos peligros externos, era José Martí, cuyo nombre no requiere ulterior explicación. Martí, tras de unos diez años de viva presencia en Estados Unidos concibió la lucha libertadora de su país en dimensión apropiada al momento. La grandeza de su visión puede apreciarse si se tiene en cuenta que abarcaba: 1] la necesidad de ganar una patria independiente, continuando la lucha interrumpida en 1880; 2] la posibilidad de vencer al colonialismo español deteriorado dentro y fuera de Cuba; 3] la imperativa simultaneidad de una batalla contra el imperialismo norteamericano naciente y amenazador; y 4] la creación de instituciones democráticas con un significativo carácter popular e igualitario. Todo ello aparece debidamente sustanciado en sus *Obras completas* (28 vols.) especialmente los tomos denominados "Cuba política y revolucionaria", y "En los Estados Unidos". Pero además de estas profundas premisas hay algo de esencial futuro en la obra de Martí; su llamado a los obreros emigrados, su inteligente solidaridad con los sometidos, los desposeídos,

los humildes de un mundo que según dijo, "se nos viene encima amasado por los trabajadores".

Por eso la revolución de 1895 mira hacia un futuro —nuestro tiempo— sólo provisto entonces como corolario de los análisis de Marx y Engels y realizado después como vocación libertadora por Lenin, más que hacia el pasado de una democracia burguesa estilo 1789, frustrada por cierto en América Latina, tras la desaparición de Juárez, la débil resonancia de las incompletas ideas de Sarmiento y el suicidio del reformador Balmaceda. Había elementos de aquel contexto histórico que se hallan presentes hoy día en el quehacer de la liberación, de modo que el pensar de Martí y otros cubanos de la época, propio del momento en que surge el imperialismo, integró junto con las revoluciones actuales, encaminadas a la liquidación del imperialismo, dos fases de una misma parábola sociopolítica.

La revolución iniciada el 24 de febrero de 1895 fue un ejemplo de la consistencia del pueblo cubano. 30 000 libertadores mantuvieron a raya unos 300 000 soldados colonialistas. Cuando las perspectivas favorecían las armas cubanas, destruida en Oriente y Occidente la riqueza, acrecido el descontento y la miseria, los imperialistas norteamericanos atacaron las colonias españolas (Cuba, Puerto Rico, Filipinas). Los grupos metropolitanos que vivían de parásitos de la riqueza de Cuba prefirieron entregarla al nuevo amo. Ni los patriotas sin cuya decisiva acción hubieran podido triunfar los intervencionistas, ni los reformistas siquiera, participaron en las deliberaciones del tratado de París (1898).

Las vejaciones a nuestros libertadores, la discriminación de los combatientes negros, el tratamiento despótico como de país conquistado, característicos de la ocupación norteamericana (1898-1902), encontraron, claro está, aliados en la burguesía colonialista de siempre pero también generaron un rechazo de los patriotas, hito primero de una nueva continuidad revolucionaria.

Aparentemente el pueblo norteamericano está al margen de lo que sucede entonces. Hubo en él un sentimiento de solidaridad prontamente desnaturalizado por la campaña política y periodística "jingoísta". Sectores progresistas como el de los Knights of Labor habían hecho justicia a los cubanos amantes de su patria y aun antes, a los actos convocados por el Partido Revolucionario Cubano de Martí acudían norteamericanos pero no dispusieron de los medios y de la eficacia de los guerrilleros dominadores. En país educado para la "metalficación helada" —como diría Martí— esas voces eran desoídas o calladas por fuerza o simplemente destruidas si amenazaban seriamente a los intereses en juego.

No obstante su carácter crucial —como primera guerra imperialista— aquel momento no constituyó un tajo en la historia de Cuba. La República de 1902 surgió a modo de sustitutivo de la anexión colonial. La Enmienda Platt que, como apéndice integrante de la constitución de 1901, reconocía el "derecho" de intervención norteamericana en los asuntos internos e internacionales de la nueva república, la concesión de bases navales y la concertación de un tratado llamado de Reciprocidad (1903) constituyeron los pilares de un mecanismo de dominación que anticipaba el régimen neocolonialista actual. Sin embargo, esta red de ataduras imperialistas no era puro resultado de la voluntad de los "policy makers" de Washington sino también un reflejo de la evidente repulsa cubana a la nueva dominación. Aquella república hemipléjica era, de este modo, un triunfo

insatisfactorio, claro está, de la entonces manifiesta rebeldía cubana, pese a que los principales instrumentos de la revolución habían sido disueltos (Partido Revolucionario Cubano, periódico *Parria*, ambos fundados por Martí, Ejercicio Libertador y Asamblea de Representantes elegidos por éste).

Los patrios consecuentes se desunieron aun cuando los había decididos a no aceptar las duras condiciones impuestas por los imperialistas. Desde luego, los colonialistas —reaccionarios y reformistas por igual— se aliaron al nuevo amo. Así nació con la república una política de prebendas y privilegios antipopular y farsaicamente austera, encabezada por un falsario al servicio de la política norteamericana, el señor Tomás Estrada Palma, primer presidente (1902-1906) y también primer gobernante que aspira a mantenerse en el poder por la violencia y el fraude (elecciones de 1906) Vicio de origen acentuado en incesante proceso hasta 1958.

Vinieron los años de reconstrucción de una conciencia crítica de oscilante organización de las fuerzas revolucionarias, de pugnas y difícil identificación de los nuevos enemigos. Se organiza la clase obrera que libra sus primeras batallas desde 1902, todavía confusas por la mezcla de anarquismo, sindicalismo gremialismo economicista, socialismo reformista. Hubo congresos obreros en 1914 y 1920. Después de 1915 aparecen grandes organizaciones proletarias y los gérmenes fértiles del socialismo científico. Hubo a la sazón años en que se desataron hasta cinco huelgas generales. Sin embargo, el peso de la burguesía y la clase media es aún muy comprometedora. Había asomado una corriente nacionalista de reforma vinculada a los residuos del patriotismo del siglo XIX y a los elementos populares que siguen al Partido Liberal o, también, promovida por hombres que se separan del Partido Conservador heredero de la leyenda burguesa de la bondad de Estrada Palma o, incluso, por gente no comprometida. Su programa puede resumirse de la siguiente manera: 1] supervive al viejo colonialismo y hay que destruirlo, y 2] frente al poder extranjero hay que alzar la virtud doméstica, exaltar la ciencia, modernizar la cultura. Movimiento inorgánico —más bien estado de opinión intelectual y popular— cuyos resultados sólo pueden apreciarse de un modo disperso. Hombres de la talla de Enrique José Varona, Fernando Ortiz, Manuel Márquez Sterling, Juan José Meza y Artoia, Ramiro Guerra, José Antonio Ramos, influyeron sin duda en la formación de una conciencia crítica aunque estaba reservado a otros más jóvenes instrumentarla, unos enlazándola con el movimiento obrero marxista como Julio Antonio Mella y Rubén Martínez Villena, de herencia militancia comunista, otros, como Emilio Roig de Leuchsenring, en línea paralela con aquellos manteniendo pareja temática en el campo de la difusión cultural, particularmente en la historiografía.

Si aquella posición reformista es digna de considerarse, debe asimismo tenerse en cuenta la continuidad patriótica y maritana más radical representada por las ideas del general Enrique Collazo (*Los americanos en Cuba*, 2 vols., 1905) y de Julio César Gandarilla (*Contra el yunque*, 1913), de acento antimperialista indudable. Este último autor llegó a proponer —repiérese en la fecha de su libro— la nacionalización de las propiedades de los extranjeros. La síntesis de estas ideas con las anteriores se realiza igualmente en los jóvenes marxistas y en la acción científico-cultural de Roig de Leuchsenring. De este modo, hacia 1923-1925 se unía la tradición nacional y maritana con las más puras esencias del pensamiento revo-

lucionario universal, cuya posibilidad de realización radicaba en la incipiente madurez de la clase obrera y otros sectores explotados.

Este proceso de enlace ideológico corre parejo con las enormes inversiones directas de los imperialistas generadores de un crecimiento anormal basado casi exclusivamente en la producción y exportación de azúcar. Como diría un nacionalista burgués en 1921 los gobiernos eran solamente malos —pero bien pagados— administradores de negocios ajenos. Con esas inversiones incrementadas a causa de la primera guerra mundial (1914-1918) se produjo la "importación" de miles de braceros antillanos (haitianos y jamaícuos) para abaratar el salario, se endureció la represión (gobierno de Menocal) y creció la corrupción. Lo más importante de todo lo sucedido entre 1898 y 1920 fue el surgimiento de un simplificado esquema político que hacía de cualquier manifestación de descontento una protesta antimperialista o un choque con poderosos intereses yanquis.

Comenzaron los síntomas de crisis. Desembarcaron tropas norteamericanas en 1917, año de significación universal (Revolución mexicana y Revolución socialista de octubre), las cuales permanecieron aun después de terminada la contienda mundial. No fue la única intervención militar, pues además de la de 1898-1902 hubo otras en 1906, en 1912-1913 y un bloqueo naval en 1933.

Se desencadenó la crisis deflacionaria 1921-1923 con la ruina de numerosos propietarios cubanos. La quiebra de los bancos de capital cubano e hispanocubano desposeyó a miles de pequeños comerciantes, empresarios y ahorristas. Los grandes bancos norteamericanos y británicos quedaron dueños del mercado y de las fábricas. Este súbito empobrecimiento del país reveló de modo elocuente la debilidad de las estructuras semicoloniales.

Además de la clase obrera, otros elementos de la sociedad cubana en crisis comenzaron a comprender lo que significaba la Revolución socialista de octubre. Entre 1923 y 1925 se desata la ola revolucionaria. Movimientos de la juventud radical pequeñoburguesa, grandes huelgas obreras, fundación del Partido Comunista y de la Confederación Nacional Obrera de Cuba (CNOO) caracterizaron este viraje dentro de cuyos límites hay que incluir algunos agrupamientos momentáneos de la burguesía nacional liberal.

La respuesta fue una dictadura, la del general Machado, quien trató de desviar el descontento general por el camino de la "regeneración": Machado acrecentó la corrupción, prorrogó sus poderes por la violencia y además en la V Conferencia Panamericana (La Habana, 1928), ante muchos delegados latinoamericanos asombrados, su gobierno defendió el "derecho" de intervención yanqui en el continente. Pero la solución represiva en un cuadro universal de depresión capitalista era tardía. Contra tamaños desmanes, entre los cuales hay que señalar el asesinato continuo de revolucionarios, se alzó un movimiento nacional en el cual la clase obrera y los estudiantes desempeñaron un papel decisivo, mientras la crisis económica lanzaba a todo el pueblo a una miseria sólo comparable con la situación actual de millones de seres en los países neocoloniales.

Una huelga general (julio-agosto de 1933) echó por tierra la dictadura. La diplomacia norteamericana se había decidido a lanzar por la borda al gobernante cubano preferido; pero sus maniobras, merced a la "mediación" de Sumner Welles, llegaron tarde para evitar el gran movimiento de masas. También el gobierno conservador provisional fue derribado (4 de septiembre de 1933) por una sublevación

de soldados y sargentos unidos a jóvenes nacionalistas. Pocos días después se instauraba el gobierno presidido por Grau San Martín que, a su vez, es eliminado en enero de 1934, por una confabulación del "nuevo" ejército y el embajador Caffery representante de la flamante política del "buen vecino". No por azar había en la vecindad de Cuba, buenos barcos de guerra norteamericanos...

Cesaba en esa sazón una fase de la historia de América Latina: la batalla ejemplar de César Augusto Sandino, de Adolfo Martínez, de los tenientes de Luis Carlos Prestes, de los marinos de la escuadra chilena. Se iniciaban gobiernos de la burguesía nacionalista con veleidades o apariencias fascistas, como el de Getúlio Vargas y su "estado nuevo" en Brasil, pero también con el eminente Lázaro Cárdenas en México se expropiaban las compañías petroleras. En Cuba no faltó un representante de la tendencia antimperialista, Antonio Guiterras Holmes, que compartió el poder después del 4 de septiembre de 1933, y decretó la intervención del monopolio eléctrico. Una vez alejado del gobierno, Guiterras fundó el Partido Joven Cuba que aspiraba, retornando a la consigna americanista de Martí, a unir a todos los pueblos hermanos y llegar al poder para instaurar el socialismo en Cuba, en franca anticipación a lo que ha sucedido después de 1945 en diversos países. Las condiciones del momento no permitieron que se produjera la fructífera alianza de los agrupamientos revolucionarios de la clase obrera y de la pequeña burguesía. No había la madurez suficiente ni la coyuntura internacional favorecía el éxito de esta como de otras hazañas de los pueblos latinoamericanos; pero por primera vez se conmovía en todo el continente la prepotencia interna y externa de los imperialistas y sus asociados. En medio de las manifestaciones políticas de esta etapa van apareciendo los elementos del desarrollismo, tan de moda hoy pese a su obvia ineficacia. Todo ello anunciaba para Cuba el comienzo de una nueva fase de su quehacer de liberación.

La ciencia y la cultura antes de la revolución presentaban características apropiadas a la condición de dependencia y subdesarrollo, como deducidas de ésta y reproducidas continuamente por el sistema. La ciencia y la cultura prácticamente no constituían movimientos y conjuntos, salvo en lo que hace a la orientación ideológica y formal. Centros dedicados orgánica y sistemáticamente a su desarrollo, no los había, con excepción de algunos núcleos por lo general mantenidos con el puro esfuerzo de un grupo de especialistas. Un estado en que las cantidades asignadas al desayuno de los escolares y las medicinas de los hospitales iban a engrosar la bolsa de los altos funcionarios, lo dice todo y hasta lo explica todo...

No faltaron hombres de gran calidad en las ciencias médicas o en las matemáticas o en otras ramas que mantenían, bien a través de sus cátedras, cuando pudieron acceder a ellas, bien en algún centro de escasos recursos, cierta continuidad, heroica, pudiera decirse, en el trabajo científico. Desde fines del siglo xviii Cuba pudo mostrar fuertes y perdurables individualidades en estos campos. A mediados del xx, seguía siendo característico este imperio de las personalidades, muchas de las cuales pasaron sin dejar discípulos aun cuando quedó su ejemplo.

Por un lado, el movimiento positivista que da su espaldarazo a la ciencia y a la cultura apenas realizada la independencia formal (Sanguily, Varona, Ortiz); en la literatura, con el naturalismo al modo de Carrión y de Loveira, así como el modernismo de Boti y Poveda, todo se inspira en forma nebulosa, la única posible entonces, en proyectos de reforma; de otro, las posibilidades reales de cambiar la

persistente presencia del "arcaísmo" colonial disminuyen a medida que la República aquella muestra, sin decoración apologetica, progresivamente menos eficaz, claro está, sus originales vicios y sus funestas carencias nacionales. Aquellos que pretendieron reformarla sólo pudieron y lo hicieron bien, con fruto, enjuiciarla y condenarla, sin, por otra parte, ofrecer la solución sustitutiva como no fuera de carácter ético que si no es una fuerza para transformarla, siempre en Cuba ha brotado como promesa de cambios y los ha acompañado cuando han sido reales.

Precisamente hacia 1920-1930 se inicia una reacción crítica a la cual, tanto la conciencia antimperialista como el marxismo, dieron la perspectiva y la certitud de una solución eficaz. Era otra voz, otra expresión, acción e ideación diferentes. De inmediato, lo afro cubano como signo de maduración nacional queda inscrito en la cultura (Fernando Ortiz, Nicolás Guillén y el olvidado redescubridor Ramón Guirao). La palabra proletaria se expresa en poesía (Regino Pedrosa). La poesía y la prosa más nobles se tornan acción (María Villar Villena y Juan Marinello) o corren parejas acción y poesía (María Villar Buceta). La historiografía en la huella impugnadora de Enrique Collazo es arma antimperialista (Emilio Roig de Leuchsenring). La plástica alzada contra el academicismo reivindica esencias colectivas: naturaleza, rostros, tipos, clases (Victor Manuel, Abela, Carlos Enriquez). La música va hacia lo hondo del ser cubano (Roldán y García Caturla) aunque se revista de formas que, a primera impresión, parezcan ocultarlo. Todo renace en ruptura con el pasado convencional y con el presente conformista y arcaizante

III. RETORNO AL CICLO (1933-1952)

Retorno ¿por qué? Al recapitular lo sucedido en Cuba desde 1902 se observa una suerte de diástole y sistole política que sólo podríamos calificar de diabólica. Para suplantar las ilusiones democráticas existentes en otros países, los imperialistas liberales, de modo que cada cual llamaba a una mentida reparación de las fechorías del otro. Véamos el fenómeno más de cerca. El gobierno conservador y antipopular de Tomás Estrada Palma terminó frente a una insurrección de los liberales (1906), cediendo el paso a otra intervención norteamericana cuyo jefe corrompió aún más sistemáticamente al aparato estatal. Advino entonces (1909-1913) un gobierno liberal que "democratiza" el fraude y tras éste un nuevo gobierno autoritario (1913-1917; 1917-1921) que sofoca la segunda, y esta vez más fallada, revuelta liberal (1917); en esta ocasión el presidente de la República tuvo un inmoral apoyo imperialista para renovar su mandato. Tiempo de huelgas y de crisis, este momento fue seguido por un gobierno liberal, podrido al máximo, y puesto por el Partido Popular (1921-1925), cuyos escándalos abren el camino a un nuevo equipo de origen liberal que, bajo pretexto de "regenerar" el país, se transforma en la sangrienta dictadura de Machado reseñada en páginas anteriores. Parecía que el destino de Cuba era oscilar entre peores y pésimos representantes de la situación semicolonial, bendecidos por la mano de los imperialistas y sus avispados amanuenses de la Casa Blanca y el Departamento de Estado.

A partir de 1933 se produjeron cambios, con pretexto de los cuales los intereses

dominantes instrumentaron el designio de retornar, por siempre, al ciclo. Claro está que, como veremos, sería preciso aguzar el ingenio para represar la cólera torrencial del pueblo. Bastaron unos veinte años de nuevas y nefastas alternancias para que ya no fuera posible evitar las verdaderas transformaciones de estructura.

1. El poderoso movimiento nacional contra la dictadura de Machado continuó después de la caída de éste; se pretendía ir más allá de un simple cambio de nombres. Como se ha dicho, las fuerzas revolucionarias (Joven Cuba y Partido Comunista) no supieron y, por ende, no pudieron unirse. El nuevo jefe del ejército surgido del golpe del 4 de septiembre de 1933, el ex sargento Fulgencio Batista surgió rápidamente a la política imperialista. Los políticos burgueses, de matiz fascista (Partido ABC, organización secreta terrorista muy activa durante la lucha contra el dictador Machado) y los representantes de la política burocrática precedente se unieron al nuevo agrupamiento de las fuerzas reaccionarias. En enero de 1934 retornaba el ciclo.

Ahora la política al uso tenía que contar con un vigoroso movimiento popular que, si bien inmaduro y dividido, había mostrado su presagante poder. Comenzaron a prodigarse términos como "diversificación agrícola", "justicia social", "nacionalismo económico" y otros que adornaban la repudiable continuidad del sistema. El propio gobierno de los Estados Unidos consideró necesario —sobre todo, falta de riesgos— abrogar la Enmienda Platt (1936), no sin concertar previamente (1934) un nuevo Tratado de reciprocidad que consagraba la supeditación económica y política del país. Todo enmarcado en un ciclo de cambios palabreros que acostumbraba a realizar el imperialismo para lograr una "nueva imagen". Por su parte, la oposición burguesa no perdía oportunidad para practicar una demagogia paralela, visitándose con las galas de un nacionalismo revolucionario que sólo era patrimonio verdadero de Antonio Guiteras Holmes, asesinado por el ejército el 8 de mayo de 1935. Así fue como el Partido Revolucionario Cubano, nacido entonces, ganó prestigio en el pueblo.

El movimiento obrero fue reprimido brutalmente en 1934 y 1935. El Partido Comunista permaneció ilegalizado. Ante la nueva situación —disminuida la creciente revolucionaria popular, desatada la represión y la demagogia, surgido el nazismo y difundido el fascismo por la América— el Partido Comunista elaboró una política de colaboración en la batalla diaria por la democracia con sectores y grupos progresistas y radicales especialmente en el seno de la clase obrera y la pequeña burguesía. Durante los años que reseñamos esta política rindió sus frutos; pues el partido afirmó su presencia, clarificó la conciencia política de miles de hombres, penetró de modo apreciable en las masas; definitivamente, dejó de estar aislado, creció numéricamente y, aunque en la ilegalidad, publicó revistas y periódicos. El régimen, primero bajo la presidencia de Carlos Mendieta, después con Miguel Mariano Gómez (electo y depuesto por Batista en 1936), se constituyó como gobierno en el cual los aparatos y mecanismos electivos eran un disfraz del poder verdadero en manos de las jerarquías militares y represivas. Como quiera que la persecución y los asesinatos (1933-1936) no liquidaron el movimiento revolucionario, que por lo contrario se reponía, Batista lanzó algunas vistosas iniciativas demagógicas, como las Escuelas Cívico-Rurales atendidas por profesores semimilitarizados y el Plan Trienal, combatido por todos los grupos de oposición.

Tras de la gran conmoción continental de los años 1930-1933 las condiciones internacionales comenzaban de nuevo a ser favorables a las fuerzas progresistas. De un lado, el fascismo europeo inducía un vigoroso rechazo por parte de las masas y agrupaba a grandes sectores de la gente democrática, por otro, en la América Latina, la expropiación de las compañías petroleras, decretada por el gobierno del general Lázaro Cárdenas en México, fortalecía las consignas populares, la resonancia de esos acontecimientos y de otros como la agresión de Mussolini a Etiopía (1935-1936) y la heroica lucha del pueblo español (1936-1939), unidos a la progresiva toma de posición del gobierno de Roosevelt contra el amenazante poderío nazi, contribuyeron a un cierto equilibrio de las fuerzas enfrentadas en Cuba.

Las condiciones económicas no mostraban cambio alguno. Se hablaba de industrialización, diversificación, seguridad social. Sin embargo, continuaban las estructuras y los mecanismos establecidos en 1898-1902. Aún no se había resuelto el país de la gran depresión (1929-1933), cuando se producía una súbita recesión en 1937. Los instrumentos financieros privados y estatales continuaban, cada cual a su modo, la conocida política de protección de los negocios "seguros", o sea los productos primarios de exportación. Las en ocasiones agudas observaciones incidentales del informe "Problemas de la Nueva Cuba", realizado por la Foreign Policy Association (1933-1934), caían en manos de empresas o de funcionarios que temían cualquier reforma por insignificante que fuese. Avanzaba el proceso de esclerosis de los dispositivos semicolonialistas y con ello se ahondaban las presiones y desgarramientos internos, a la par que la población crecía aceleradamente. Cuando se contempla la reiteración de esos fenómenos se comprende que la política imperialista sólo admite, si acaso, reformas que dejan exactamente intacta la situación de privilegiado beneficio que la amamanta. Ayer, como hoy, la buena vecindad, la Alianza para el Progreso y el nuevo diálogo son fórmulas verbales. Su valor radica solamente en que dan una medida de la actitud cólerica de los pueblos: nos dejan entrever la otra cara de la realidad.

2. Desde 1934, el movimiento de oposición a la dictadura de Batista elabora una consigna: la celebración de una Asamblea Constituyente que incorpore al nuevo texto constitucional las conquistas democráticas ganadas en más de diez años de lucha popular y escamoteadas por el régimen militar. La vieja Constitución de 1901 estaba vigente por haberse derogado la de 1928 impuesta por la dictadura de Machado, aunque se habían promulgado con diversos nombres nuevos textos que modificaban aquélla en alguna medida. Al calor de la presión de las masas (movimientos proamnistía, de ayuda al pueblo español, antifascista, juvenil, estudiantil) y calculando que el gobierno de Estados Unidos se opondría a las agresivas ambiciones del nazismo, Batista comenzó a maniobrar en una perspectiva de apertura —que se diría hoy— para buscar apoyo en una política menos tensa. La legalización del Partido Comunista que se unió al Partido Unión Revolucionaria preexistente, el gran movimiento de unidad sindical que permitió fundar la Confederación de Trabajadores de Cuba (ctc), las simultáneas garantías ofrecidas a otros partidos y grupos de oposición y aceptadas por éstos, y el inicio del proceso de convocatoria de la Constituyente de 1940, elegida por votación popular directa, consustituyen los elementos básicos de una nueva situación. Por entonces, la amenaza

universal del fascismo exigía que los revolucionarios aprovecharan la coyuntura para organizar las masas reprimidas después de 1933.

Un hecho significativo: en la ceremonia inaugural de la Asamblea Constituyente hablaron el representante de los partidos del gobierno, el de la oposición y el del Partido Comunista Juan Marinello. La Constitución fue votada cuando comenzaba la segunda guerra mundial. En su copioso articulado se reconocían los derechos fundamentales, si bien muchos de ellos dependían de una legislación ulterior específica que los regularía. Otros quedaban castrados, sin más, como la proscripción del latifundio sólo posible mediante indemnización total inmediata, onerosísimo requisito que reducía a nada la altisonante declaración del texto. Sin embargo, las fuerzas populares tenían en la letra de esa nueva carta fundamental un apoyo para la defensa de sus derechos y un término de referencia política. En efecto, el combate del pueblo adquiriría entonces una dimensión jurídica que pese a su carácter formal, tenía un valor instrumental apreciable. Precisamente, los gobiernos que se suceden de 1940 a 1958, serían juzgados, ante todo, por su incumplimiento de la Constitución. La propia burguesía y sus agentes se encargaron de violar sin escrúpulos la legalidad burguesa.

La guerra daba origen a una situación diferente, sobre todo cuando los ejércitos nazis invadieron la Unión Soviética. Batista, electo presidente en 1940, trató de mantener un artificial equilibrio entre los componentes más conservadores de su gobierno y la izquierda que demandaba el apoyo irrestricto a las fuerzas antiafincistas tanto en el orden interno como en el internacional. Pero entre el dictador, oportunamente democratizado, y sus asociados burgueses, de un lado, y el pueblo, de otro, había una cuenta pendiente. Por eso en las elecciones de 1944 triunfó Ramón Grau San Martín, candidato del Partido Revolucionario Cubano (llamado partido *auténtico* por sus propagandistas). La ilusión nacionalista democrática forjada por el indebido disfrute del prestigio de Antonio Guiterras llegaba al poder.

Poco después, cuando terminó la segunda guerra mundial (1945) se vio claro que ese gobierno ni siquiera era en alguna medida reformista. La corrupción sobrepasó los límites precedentes y la persecución al movimiento revolucionario se desató para favorecer a la burocracia sindical vendida. Se reanudaron los asesinatos políticos (Jesús Menéndez, Aracelio Iglesias, ambos dirigentes obreros de filiación comunista, y otros). Surge entonces una nueva fuerza democrática encabezada por Eduardo Chibás, cuyo programa denuncia la podredumbre de los gobiernos "auténticos"; en torno a él se agrupan miles de jóvenes descontentos. Esta ola de protesta anunciaba las condiciones para una vuelta al ciclo, ya que las ilusiones de reforma se disipaban ante las contundentes pruebas de los vicios y fraudes de los gobernantes. La acción crítica de Chibás, unida a la educación política realizada por el Partido Socialista Popular (antiguo Partido Comunista) y a los efectos detonantes de la frustración democrática, abre el camino a una revolución transformadora capaz de darle a las consignas populares un contenido que excede del marco reformista.

Por otro lado, aunque se hablaba mucho de desarrollo, el crecimiento no se producía en escala apreciable. En lo sustancial, la estructura permanecía intocada y, aún más, al amparo de las condiciones de guerra y de posguerra, se fortaleció un nuevo latifundio —el arrocero—, se expandió el latifundio ganadero y el comercio quedó como siempre concentrado en la exportación de azúcar. La crisis

de estructura se agrava por razón de la tendencia histórica a la reducción de la parte de Cuba en el mercado azucarero norteamericano. Las inversiones directas no compensaban el estancamiento, ni la "repatriación" del capital invertido en la industria del azúcar era otra cosa que un pobre resultado de la formación de burguesía a través de la corrupción del gobierno y de la política. La población crecía por encima de los 5 millones y mantendría una tasa que la elevaría a 6 en la década de los años 50. La terminación de la guerra de Corea (1952) coincide con una depresión que se acentúa al combinarse con la gran tensión política interna.

3. La política de la "guerra fría" destaca las contradicciones del sistema de dominación imperialista en todo el continente, pues se prodigan las dictaduras militares. Aprovechando el descontento del pueblo cubano se propicia el golpe de estado de Batista (10 de marzo de 1952). Cayó el segundo gobierno "auténtico". Se tenía que Chibás con el empuje de miles de cubanos que seguían al Partido del Pueblo Cubano (ppc, llamado "ortodoxo") llegara al poder y pretendiese realizar las reformas siempre postpuestas, o sea, iniciase un proceso de superación de las condiciones impuestas por el régimen semicolonial. Se percibía que en la Juventud Ortodoxa había una reserva progresista muy vigorosa. Por su parte, aunque a la defensiva, el movimiento comunista, político y sindical, libraba su batalla por los derechos fundamentales del pueblo. Era obvio que los burócratas sindicales vendidos perdían prestigio por su vinculación al gobierno y a la burguesía, se alejaban de las masas, reprimían a los revolucionarios y sometían a la clase obrera a peores condiciones de vida. No era menos importante que toda la política ahondaba las diferencias entre las masas rurales y urbanas y, aún más, consolidaba la desigualdad entre obreros, empleados y el creciente número de jóvenes sin esperanza de ocupación.

Cuando se analizan los documentos de esos momentos se aprecia el retorno al ciclo una vez más. La dictadura tenía por objeto cubrir el movimiento democrático y revolucionario y los grandes desajustes internos con el manto de sangre de la represión, con una denuncia demagógica de la corrupción de los gobiernos precedentes y con un cacareado "desarrollismo" al servicio de los intereses dominantes. Como en otras ocasiones y países, la dictadura sólo sirvió para enconar conflictos, pero sobre todo para demostrar que el camino de las reformas era imposible.

IV. LA LUCHA ARMADA Y EL MOVIMIENTO NACIONAL (1952-1958)

1. Se integraba un nuevo cuadro tanto en el orden internacional como en el interno. La "guerra fría" fracasó frente al éxito del socialismo en la Unión Soviética prestigiada entonces por su heroica victoria sobre el nazismo y por su excepcional reconstrucción, frente a la expansión de las democracias populares en Europa y en Asia y frente al brotar energético del movimiento nacional —reformador y nacional— liberador de los pueblos árabes y africanos. Comenzaba una etapa de aguda lucha cuya característica consistía en la esencial incapacidad del imperialismo para triunfar definitivamente sobre los pueblos (Corea y Vietnam). Un recuento de la historia diaria después del fin de la segunda guerra mundial nos muestra que, progresivamente, a la par que se intentaba universalizar el dominio norteamericano, se constituía una guerra civil en escala internacional cuya evolu-

ción se manifestaba con la ruptura frecuente de algún eslabón de la cadena imperialista, restablecida ocasionalmente a base de agravar las contradicciones, y aplazar el estallido popular, por esa razón más violento cuando reaparece. Es obvio que los imperialistas no podían, ni podrán hacer otra cosa más que eso: provocar reacciones cada vez más profundas y generalizadas.

También en América Latina se había retornado al ciclo; el continente estaba sembrado de dictaduras y donde no la había bien pronto se instauraba. En ese panorama, la situación de Cuba después del 10 de marzo de 1952 corre paralela a la crisis general. Por lo pronto, como réplica al golpe militar de esa fecha, el pueblo repudía los estatutos constitucionales convalidados a manos de bunal Supremo de Justicia. La vía jurídico-civil quedaba cancelada a manos de la dictadura. El Parlamento fue disuelto y las autoridades electivas municipales que no se sometieron al dictador quedaron depuestas; Batista cuyo gobierno autoritario era conocido desde los años 1934-1937, en esta ocasión generalizó la omnipotencia de los jefes de los cuerplos armados e hizo un equipo político con buena cantidad de elementos conservadores procedentes unos del disuelto ABC, y otros, de los partidos tradicionales.

El rechazo popular al régimen se constituía desde marzo de 1952 como un movimiento general dentro de cuyo seno surgió la vanguardia revolucionaria. Con Fidel al frente, un grupo de jóvenes asaltaba el 26 de julio de 1953, los cuarteles de Santiago de Cuba y Bayamo. Su derrota táctica alentó la ola revolucionaria. El asesinato de varias decenas de jóvenes, la generalización de la represión, la actitud denunciadora de los acusados por el asalto en el juicio que se les hizo, la conversión de los acusados en acusadores, como se revela particularmente en la autodefensa de Fidel (*La historia me absolverá*), la multiplicación de grupos revolucionarios que se fundieron posteriormente en el Movimiento 26 de Julio, la formación de una poderosa corriente unitaria prohibitoria de los presos políticos, todo propició la simpatía nacional en torno a esos jóvenes que realizaron lo que nadie había logrado o concebido desde 1898 y 1895. A su vez, el movimiento obrero contribuía, a despecho de los burocratas sindicales, con las grandes campañas de 1954 y 1955 en demanda de la llamada superproducción (esto es el creciente plusvalor relativo) y el diferencial (de precios) del azúcar. Cada día se evidenciaba de una u otra manera la formidable protesta del pueblo.

La hazaña de 1953 terminaba de conformar una nueva realidad. Tanto la dictadura como los políticos burgueses de la "oposición" se veían precisados a actuar contando con esa fuerza subitamente aparecida; pero tanto los remedios de aquélla como de éstos, no servirían de nada. En efecto, Batista exacerbó la represión e incrementó la corrupción y la demagogia "desarrollista"; la oposición por su parte dividía a los contingentes revolucionarios y presionaba a la dictadura para lograr un rápido acuerdo "patriótico". No eran capaces de ver en aquellos hechos del 26 de julio la más alta expresión de una conciencia transformadora del país, pero estaban todos atemorizados.

Si se analiza la composición social e ideológica de los hombres de aquel memorable día, se observa que representaban a los grupos más explotados y sometidos a las condiciones semicoloniales; muchos tenían vínculos con el pensamiento marxista o con el movimiento sindical honesto o poseían una base ideológica abierta al desarrollo ulterior del pensamiento revolucionario. Abel Santamaría, Laureano

González Canejo, Ricardo Agüero Guedes, Fernando Chenard, Boris Luis Santa Coloma, José Luis Tamansende, constituyen entre los caídos aquel día una prueba de la calidad del futuro de los jóvenes revolucionarios. Frank País, jefe nacional de acción del Movimiento 26 de Julio, afirmaba pocos días antes de ser asesinado (1957) que la patria requería cambios sustanciales. Todo ello quedó formulado de conjunto en el alegato de Fidel, donde aparecen conceptos fundamentales, como prerequisites, en medio de la lucha armada, de las concepciones socialistas que se desarrollan a partir de 1956.

En *La historia me absolverá* hay referencias específicas a los "becerros de oro", a los "magnates" que pretenden resolver los problemas de la nación cuando en verdad sólo se ocupan de sus ganancias. "Cuando hablamos de lucha", el pueblo se compone de obreros, campesinos, clase media, ahogados por la miseria y la corrupción del sistema, allí se dice. En otro momento, hay una mención muy neta de los latifundios extranjeros y de la condición de factoría "productora de materia prima" que padece la patria. No se olvidan las nacionalizaciones de los monopolios de servicios públicos. Finalmente, para no ir más allá en este que es forzosamente un somero análisis, la justicia queda definida como justicia de clase, porque los tribunales nunca han condenado a un rico delincuente. Comentaristas ligeros o "expertos" de mala fe no han visto que los contenidos reales de las palabras de ese documento coinciden con los que dan a su propio vocabulario los grandes creadores del socialismo científico, Marx, Engels, Lenin.

La información sobre el nivel de vida de la población antes de 1959 no abunda, ni es de mucho fiar. Para simplificar, podríamos decir que las cifras aproximadas, obtenidas de muy diferentes fuentes, no se diferenciaban notablemente de las que han caracterizado los restantes países de América Latina, ni siquiera en lo aparente. En Cuba, como en otros, había una capital, con una fuerte proporción de la población total, con grandes construcciones turísticas y de la gente adinerada. Predominaban las escuelas privadas, por razón de clase y también por el grado inconcebible de deterioro y escasez de la escuela estatal. No había entonces un solo hospital rural y los de las capitales se hallaban escasos de capacidad y de recursos. Desde luego, la mortalidad infantil era muy alta. Mientras aumentaban los casinos y los prostíbulos. Todo ello tendremos ocasión de contrastarlo, con lo realizado hasta el comienzo de la presente década.

2. Partiendo del asalto a las fortalezas militares, se crearon las condiciones que garantizaron la prosecución de la lucha. Por eso, cuando en 1955, los combatientes del Moncada liberados por causa de la protesta popular, comenzaban a organizar el Movimiento 26 de Julio, la dictadura los persiguió, los amenazó y se vieron en la necesidad de expatiar. Las motivaciones revolucionarias continuaron matando la decisión de numerosísimos jóvenes. Surgían grupos inspirados por el ejemplo del Moncada, uno de los cuales atacó el cuartel Goicouría en Matanzas (29 de abril), donde el pequeño contingente quedó exterminado.

Desde México, Fidel y sus compañeros se aprestan a la expedición del Gramma que desembarca el 2 de diciembre de 1956 por un lugar en la costa sur de la provincia de Oriente (Playa Las Coloradas, Niquero). Bajo la dirección de Frank País un enérgico movimiento urbano de apoyo a los expedicionarios comenzó el 30

de noviembre en Santiago de Cuba. Durante aquel día la ciudad estuvo en manos de los destacamentos del Movimiento 26 de Julio.

Los primeros choques de la fuerza revolucionaria del Granma con los cuerpos armados de la dictadura fueron adversos a aquélla: quedó diezmada; pero un pequeño grupo logró internarse en la Sierra Maestra. Allí se adiestraron, se identificaron con el medio, establecieron su red de apoyo y engrosaron sus filas con militantes rurales y urbanos. En 1957 obtenían sus primeras victorias mientras la pelea en las ciudades adquiría más intensidad precisamente por la existencia del pequeño ejército guerrillero. El 13 de marzo de 1957 se producía en el centro de la capital el ataque y la ocupación del Palacio de la Presidencia, donde los organizadores de aquella acción (Directorio Revolucionario) intentaban ajusticiar al dictador. Simultáneamente, otro grupo encabezado por José A. Echeverría tomaba la emisora Radio Reloj y llamaba al pueblo a sumarse al movimiento. También en este caso los combatientes revolucionarios fueron diezmados, pero, en suma, este acontecimiento como otros que veremos, mostraban la creciente decisión y capacidad de los grupos organizados para golpear fuertemente al enemigo. Como es obvio, la réplica del régimen fue acentuar la represión en las ciudades y en los campos. Es propio de este tipo de gobierno asesinar sin más a los opositores o a los sospechosos, dejando sus restos abandonados al azar para que toda la población lo sepa y reciba su mensaje siniestro. Sin embargo, nada podía detener el movimiento revolucionario. El 5 de septiembre de 1957 un numeroso grupo de miembros de la marina de guerra se apoderó de la base naval de Cienfuegos y unido a los combatientes del 26 de Julio, ocupan la ciudad, arman a voluntarios del pueblo y libran una batalla desigual contra las fuerzas de aire y tierra de la dictadura. Ésta, desde luego, recibía asesores militares y armamentos de los Estados Unidos. Miles de bombas caían en las zonas campesinas de la Sierra Maestra. Sin embargo, la guerra se extendía: en las montañas del norte de Oriente se formó el segundo frente Frank País.

A principios de 1958 el ejército rebelde estaba en condiciones de resistir los sucesivos asaltos del ejército mercenario y aún más, de extender al llano sus actividades. Estos éxitos de la vanguardia armada inspiraban la lucha en todo el país. En abril de ese año, una huelga general que no logró desarrollarse, arrastró a miles de cubanos. Tuvo resonancia y seguidores en todas las provincias. En Sagua la Grande, los militantes del Movimiento 26 de Julio lograron éxitos momentáneos y en La Habana hubo hechos de mucha significación. Se evidenciaba la creciente decisión popular de continuar la pelea. La actitud del poder militar superó la gama de todas las bestialidades precedentes. Lejos de producirse un colapso, la revolución multiplicó sus cuadros, encontró más apoyo en un pueblo más unido. A la par que aparecían núcleos guerrilleros en Las Villas y Pinar del Río, se forjó la acción conjunta de los principales agrupamientos revolucionarios (Movimiento 26 de Julio, Partido Socialista Popular y Directorio Revolucionario).

Vencida la más poderosa ofensiva de la dictadura, el ejército rebelde destacó las columnas de los comandantes Ernesto Che Guevara y Camilo Cienfuegos para invadir la región central del país (Las Villas). Destruir el poderío enemigo en el occidente había sido una constante línea estratégica desde la revolución de 1868. Para llegar a su objetivo, aquellos destacamentos tuvieron que atravesar la provincia de Camagüey, llana, despoblada, extensa. Su ejemplo heroísmo no se puede

narrar en unas pocas frases. Basta decir que alcanzaron las montañas de Las Villas, donde las guerrillas preexistentes adquirieron definitiva eficacia. Simultáneamente, pues se trataba de un plan militar bien trazado, el comandante en jefe lanzaba las columnas formadas en Oriente, por un lado, a operar en el llano y, por otro, a rodear y poner sitio a Santiago de Cuba y a Guantánamo.

Una maniobra política inspirada en el ciclo que hemos descrito repetidamente, frágua como inútil recurso de la dictadura: se convocó a elecciones destinadas a fraguar una salida a Batista y a crear mínimas ilusiones de un arreglo de paz. Sólo algunos políticos mercenarios y oportunistas se prestaron al juego. Nada podía oponerse al poder moral y a la victoria que estaban en las fuerzas revolucionarias. Por su parte, el ejército de la dictadura corrió por el miedo y la corrupción se replegó en ciudades y cuarteles.

A mediados de diciembre, pueblos y ciudades importantes de Oriente y Las Villas eran tomados por las columnas revolucionarias. Desde Palma Soriano (Oriente), la comandancia suprema del ejército rebelde dirigía la acción popular en escala nacional. El dictador huyó con sus principales cómplices en la madrugada del 1 de enero de 1959 cuando ya no quedaba duda que Santiago de Cuba y Santa Clara caían en manos de los rebeldes.

En La Habana ciertos jefes del ejército mercenario y políticos burgueses organizaron un gobierno "constitucional" concebido como instrumento para quebrantar el derecho de las fuerzas revolucionarias al pleno poder. Desde Oriente, el comandante en jefe llamó a una huelga general que se produjo con extraordinaria firmeza en toda la nación, proclamó el gobierno provisional en Santiago de Cuba verdadera capital revolucionaria y ordenó a los comandantes Guevara y Cienfuegos marchar sobre La Habana. Se pretendía arrebatarse al pueblo su victoria, pero, como afirmó Fidel desde aquella capital, esta vez no sucedería como en 1898 cuando los intervencionistas norteamericanos prohibieron a los libertadores ocupar la ciudad. Ni sucedería como en 1933 cuando un grupo de militares y políticos aventureros lograron desvirtuar los objetivos del movimiento revolucionario. Y así como lo había dicho en *La historia me absolverá*, lo hizo: desde el primer momento convocó a las masas, contó con su apoyo y las estimuló a desarrollar su inextinguible energía transformadora. Nació el poder popular libertador.

V. DE LA REVOLUCIÓN POPULAR LIBERADORA AL SOCIALISMO (1959-1975)

... porque el gobierno revolucionario no ha hecho nada que no haya estado primero en la conciencia del pueblo.

Fidel Castro, discurso del 16 de julio de 1960.

Se hicieron y se proclamaron en cada etapa los objetivos que estaban a la orden del día y para los cuales el movimiento revolucionario y el pueblo habían adquirido la suficiente madurez.

Fidel Castro, Informe del Comité Central del PCC al Primer Congreso.

Al iniciar esta última parte es preciso plantear, así sea de modo tentativo, provisional, una caracterización del proceso por fases que reflejen el movimiento real de los hechos y de la situación general. Para que el todo se considere integrado —inteligible— no debe olvidarse el contenido programático de *La historia me absolverá*, ni pasar por alto que ya en medio de los combates, el ejército rebelde dedicaba mucha de su energía a la educación política y a la alfabetización, a la reforma agraria y a la organización de los campesinos, a la exaltación de los valores históricos genuinos y al establecimiento de nuevas relaciones fraternales en sus propias filas y en sus relaciones con la población, incluso con los soldados y oficiales de la dictadura vencidos. Era realmente un movimiento abocado a la dignidad humana. Nos referimos aquí a esos múltiples aspectos de conducta colectiva que se hallan en la entraña misma de los grandes conjuntos revolucionarios; en primer término, las relaciones fraternas entre los combatientes, también y de especial significación, la comunicación e intercambios solidarios, en suma, respetuosos con la población de la zona en que se implanta el ejército revolucionario, y su movilización creciente; y, por último con el soldado profesional, preso o herido, al cual se guardó humano trato y libertad de decisión sobre su destino ulterior.

Este mensaje y compromiso de futuro se realizaba desde los primeros meses de 1959. Si no se consideran estos elementos de la gestación y crecimiento de la acción revolucionaria se caerá forzosamente en explicaciones gratas a los enemigos de la revolución o a los "expertos" miopes, para los cuales lo acontecido desde 1959 es un milagro o una ilusión o una pesadilla o algo prestidigitado de una realidad adversa. Creemos que hay suficientes fundamentos para adscribir todo lo sucedido en Cuba, desde 1959 a una indudable continuidad histórica revolucionaria más que a una ruptura la cual, por otro lado, está dada en el asalto al cuartel Moncada y en los hechos que le siguen hasta aquel 1 de enero de 1959. Tal es el cimiento en los hechos la periodización que exponemos.

Podríamos decir que el periodo comprendido entre enero de 1959 y octubre de 1960 revela los contenidos de una *revolución agraria y antimperialista*, a lo largo de la cual se consuman algunas de las significativas medidas democrático-burguesas. Esto sólo puede ser una contradicción del desarrollo ulterior para los que ignoran que una revolución profunda sólo puede proseguir su camino si agota y perfecciona las posibilidades transformadoras de las estructuras existentes y, simultáneamente pone las bases para sustituirlas por otras más adecuadas. No hay revoluciones "instantáneas" por más que las suenen algunos teóricos; hay procesos, de diferente duración, en los cuales si las condiciones son revolucionarias, se va observando la caída del sistema existente y el surgimiento de las nuevas concepciones, instituciones y normas que habrán de remplazarlo. El caso de Cuba es un ejemplo más de esa doble necesidad. En este sentido, confirma dentro de los caracteres concretos de la nación y del devenir revolucionario correspondiente, las geniales previsiones de Marx, Engels y Lenin. En esta primera fase, el motor del proceso es la intensa y extensa movilización y participación de las masas. Por eso consideramos justo hablar de una revolución popular-liberadora, sin que ello suponga la eliminación del carácter nacional que debe tener en un país dominado por los intereses imperialistas.

Otra fase se extendería a partir de octubre de 1960 hasta la segunda y definitiva reforma agraria (1963). El rasgo principal sería la nacionalización total de la economía, de la propiedad inmobiliaria urbana y de la enseñanza, de modo que las actividades básicas del país pudieran integrarse a los fines de la planificación del desarrollo y su ejecución. Expropiados los imperialistas y las más poderosas empresas cubanas (octubre de 1960) era indispensable completar la liquidación de los elementos residuales que se mostraron en aquella sazón como decididos cómplices de los agresores. En medio de este proceso, la célebre proclamación —ya posible— de la naturaleza socialista de la revolución (16 de abril de 1961) y la victoria relampagueante sobre los invasores mercenarios en Playa Girón eran una expresión política coherente con lo que sucedía en el marco de las transformaciones específicas del país. No cabe la menor duda de que estaban dadas las condiciones para ese salto ideológico y material puesto que la experiencia del pueblo cubano maduró aceleradamente en la pelea por la supervivencia interna y externa de la revolución. Se revelaba el efecto multiplicador de lo sucedido desde el año 1959.

Entonces después de 1963 había que echar las bases para la edificación de la vida socialista. Era preciso crear, sobre la estructura básica (sin propiedad privada de los medios de producción), los nuevos dispositivos estatales, las formas de participación organizada de las masas en todo el quehacer nacional, particularmente era necesario acelerar los cambios de conciencia para liquidar los frenos mentales generados en las condiciones del capitalismo semicolonial. Había que fijar una línea estratégica de desarrollo y concentrar todas las fuerzas disponibles en su realización. Etapa de tanteos y de experimentación, de ataque frontal a los frustráneos símbolos del pasado (lucro individual, desprecio del trabajo manual, supervivencia de impulsos elitistas), de selección de las mejores soluciones halladas entonces —en cada momento— para los problemas resultantes de la desición socialista.

Como culminación, la zafra de 1970 evidenció la posibilidad de organizar y normar las actividades del país al poner de relieve los vacíos que existían en mecanismos y procedimientos en medio sin embargo, de una demostración de excepcional coraje y sacrificio del pueblo y sus dirigentes. El discurso del primer ministro en ocasión del 26 de julio de 1970, independientemente de la altura moral que alcanza, resume la etapa y abre una nueva fase, la actual singularizada por el salto de calidad en la organización, por el empuje normador de todo el país, por el perfeccionamiento y consolidación de la acción de las masas en la construcción del socialismo. No se trata, en efecto, de una fase de reacción o de repudio del proceso anterior como explican algunos observadores "científicos", ni por ello, la democratización de que se habla es una vuelta a las convencionales concepciones nacidas de la democracia burguesa, ni tampoco de una estructuración jurídica del país sin elementos preexistentes, sino de una sistemización óptima del proceso democrático implícito en la revolución popular desde el propio 26 de julio de 1953 y llevado a cabo progresivamente a partir del 1 de enero de 1959.

1. *Primera fase (1959-1963)*

... Y es lógico que cuando se es actor en una contienda, como lo es el pueblo de Cuba hoy día, el pueblo aprenda y el pueblo comprenda muchas cosas que de otra forma no habría llegado a comprender jamás. Eso tenemos que ir agradeciéndoles a los acontecimientos que se van sucediendo: que nos hayan enseñado, sobre todo, qué papel desempeña cada cual en esta lucha.

Fidel Castro, discurso del 16 de julio de 1960

a) Después de vencer la maniobra contrarrevolucionaria de los primeros días, la revolución procedió a liquidar los instrumentos de la dominación de clase: policía, ejército, marina y suprimió sin contemplaciones los aparatos represivos secretos (Servicio de Inteligencia Militar y Buró de Represión de Actividades Comunistas). Las milicias del Movimiento 26 de Julio, el pueblo, el ejército rebelde asumieron el poder, en medio de las masas que lejos de librarse a excesos, mantuvieron el orden y persiguieron a los malhechores que pretendían aprovecharse del momento.

Los cómplices de la dictadura, los elementos burgueses temerosos de la movilización popular, los oportunistas insatisfechos de la ratificación inmediata del programa revolucionario, la prensa vendida a los intereses tradicionales, iniciaron una campaña de resistencia, de entorpecimiento, de desmoralización, escondiéndose tras de la libertad de prensa o utilizando el "choteo", variante cubana del humorismo, en este caso cargado de irresponsabilidad y perfidia. Bien pronto, los obreros de la prensa y el radio obtuvieron el derecho de réplica en los propios órganos dedicados a esa insidiosa propaganda, de modo que los medios de información, desnaturalizados por sus propietarios, reflejaron de inmediato el carácter clasista de la polémica.

Apenas constituido el gobierno provisional en La Habana se evidenció que era preciso ponerlo bajo la autoridad del comandante en jefe quien asumió las funciones de primer ministro a mediados de febrero. Aquel gobierno incluía personajes vinculados a intereses y posiciones burguesas y pequenoburguesas reformistas, lo cual era tan propio del momento como lo era la necesidad de frenar su paralizante influencia. Puede afirmarse que hasta la deposición y renuncia del presidente Urrutia a mediados del año, esos elementos persistieron en su política de obstaculizar las leyes y disposiciones revolucionarias.

¿Cómo caracterizar la situación que se extiende a lo largo del año 1959? En esta primera etapa, tanto la composición del gobierno como las medidas puestas en ejecución debían reflejar por un lado, la compleja gama de intereses sociales implicados en la situación, y por otro, la creciente lucha por el poder entre las fuerzas revolucionarias y sus enemigos; pero el hecho fundamental era que el poder verdadero radicaba en la dirección nacional de la lucha armada apoyada sin vacilación por las masas.

En este momento las medidas oportunas eran esencialmente *reparadoras*; en general pueden considerarse, al igual que había sucedido en otras ocasiones históricas, como parte de un contexto democrático. En efecto, la redistribución del

ingreso por vía del aumento de salarios, la política fiscal estricta y la reducción del costo de la vida (alimentación, medicinas, rentas de vivienda y precio de servicios) benefició a una parte cuantiosa del pueblo, pero no a todos, ni atacaba por las raíces el sistema establecido. Con ello se expandió el mercado interno favoreciendo ciertas actividades productivas nacionales. Sin embargo, el juicio que se haga de esas primeras decisiones de la dirección revolucionaria deberá tener en cuenta que poseían una específica connotación radical, pues coincidían con la destrucción del aparato represivo de las clases dominantes y con el inicio de la recuperación de bienes malversados, o sea, la reversión al patrimonio de la nación de las riquezas habidas mediante fraude por los políticos, los funcionarios y los empresarios aliados del régimen dictatorial.

Un paso decisivo se dio con la ley de reforma agraria (17 de mayo de 1959). En las condiciones de Cuba, esa ley daba fin al poder de las empresas extranjeras y de la gran burguesía terrateniente. Al desmontar la base económica del poder semicolonialista, ese texto superaba el marco democrático de la fórmula clásica (dar la tierra al que la trabaja).

Como se sabe, la reforma agraria, encomendada al principal representante del poder revolucionario, el ejército rebelde, determinó un violento enfrentamiento con las clases dominantes. En torno a esta cuestión se promovió la más estrecha concertación del imperialismo, la clase terrateniente y, algo después, los industriales. Ya no se trataba de un contexto democrático, y reparador sino de una auténtica lucha por arrancar el poder de manos de los revolucionarios. Así se definía, so color de una polémica jurídica sobre el derecho de propiedad y las facultades del gobierno revolucionario, el contenido de clase del conflicto.

El apoyo activo, entusiasta de las masas, manifestado fehacientemente por el desfile de las primeras milicias revolucionarias (1 de mayo de 1959), comunica a las medidas reparadoras un contenido que sobrepasa el marco democrático-burgués. Es posible comprender esa dualidad entre contenido específico de las medidas y sus perspectivas si recordamos la advertencia de Lenin: en la sociedad del siglo xx la revolución democrático-burguesa sólo es posible si tiene el apoyo organizado de las masas y su destacamento armado y en este caso, debe desembocar, por la consecuente acción del proletariado y sus aliados, en una revolución socialista. Y en el caso de Cuba, los presupuestos ideológicos para este desarrollo estaban dados desde los años 1953-1958. La revolución popular y nacional liberadora, consuma las reformas democráticas y por esa razón, pone al país en el camino seguro de las transformaciones más profundas. Corona en tiempos de difusión del socialismo, de masas organizadas y de subdesarrollo, la gran onda histórica que comenzó en 1868.

b) La confiscación de la prensa y de los medios de difusión masivos asociados a los intereses enemigos, las primeras agresiones lanzadas desde los Estados Unidos, junto a una propaganda que ofrecía dar término rápidamente a la revolución, dieron aún más énfasis a la lucha. A fines del año 1959, numerosos empresarios demoraban sus compras de materias primas o de productos terminados, paralizaban la producción y los servicios, hostilizaban a los trabajadores; cuando sus establecimientos eran intervenidos y dados en administración a sus obreros, marchaban al extranjero en espera —espera larga ya, como de 21 años— de un ataque imperialista que

les devolviera sus privilegios; muchos se fueron sin más y arrastraron tras de sí a técnicos y especialistas en un absurdo esfuerzo por crear un colapso de la producción. De ese modo continuaban pasando a poder de la nación numerosas empresas. La burguesía cubana se debilitaba internamente.

Además de perder fuerza y prestigio, esa clase no podía aspirar a recuperar las posiciones que había tenido, como se revela por el hecho de que la ley de reforma agraria la desposeyó de la comercialización de los productos de modo que las capas residuales de terratenientes carecían de ese principal mecanismo para crecer o reproducirse como burguesía. Y lo que ocurría en ese sector de las clases dominantes se manifestaba igualmente respecto de empresarios de construcciones, exportados por razón de la recuperación de bienes malversados, y de los industriales, a los cuales la administración fiscal honesta, el control más ceñido de las divisas y la fiscalización obrera, mantenía dentro de límites de ganancias que, según los patrones en vigor antes de enero de aquel año, no les convenían. Tal era el cuadro general de la situación a fines de 1959.

En 1959 los imperialistas desataron su política de agresión económica, cortando de modo tajante los créditos y, poco después, apenas entrado el año 1960, las empresas petroleras se confabularon para dejar al país sin combustible, golpe equivocado mediante la compra de materia prima a la Unión Soviética y la intervención de las compañías. Como todo se encadenaba de un modo irreversible, hacia marzo de 1960 el gobierno de Estados Unidos daba las órdenes para preparar el ataque realizado por Playa Girón (abril de 1961) y en el orden interno del país se armaban bandas contrarrevolucionarias que fueron liquidadas sucesivamente hasta su total extinción en 1965-1966.

Con una celeridad cinematográfica la situación se movía en dirección a un conflicto cada vez más violento. Como parte de la ofensiva imperialista, el gobierno de los Estados Unidos redujo la cuota de importación de azúcar cubana y en consecuencia fueron nacionalizadas diversas empresas extranjeras hasta un valor compensatorio, equivalente al del producto dejado de comprar a Cuba (6 de agosto de 1960). Aquella medida de restricción comercial, a la par que completaba los objetivos imperialistas perseguidos por la suspensión del crédito, provocó la bancarrota de numerosas compañías azucareras cubanas o las situó en una dependencia total del crédito y la comercialización públicos. Pero de este modo, los imperialistas resolvían varias cuestiones: en primer término ponían "sitio" a la revolución y, en segunda instancia, preparaban la "libertad" y la empresa privada cubanos "ineficientes" cuando se restablecieran la "libertad" y la empresa privada en Cuba. Durante años, los poderosos monopolios yanquis habían planteado como necesidad estratégica del crecimiento capitalista la liquidación de los centrales azucareros menos productivos, por lo general en manos de empresarios cubanos. Paralelamente, para debilitar la revolución, los imperialistas organizaron una ruidosa campaña de atracción de los descontentos —burgueses o engañados, ignorantes o cómplices asalariados del régimen semicolonialista— miles de los cuales fueron admitidos en los Estados Unidos. Se gastaron algunos millones de dólares en exiliados que ya no podrían ser asimilados a una vida nueva en tierra como aquella, extraña y agresiva; pero sólo una parte ínfima de ese contingente eran elementos de nivel profesional o científico. No eran técnicos que, por otra parte, abundaban sin ocupación satisfactoria o sin ninguna en los Estados Unidos; ni eran

gente de experiencia en empresas importantes, ni siquiera pequeños empresarios que allí desaparecen o se constituyen en simples dependientes complementarios. Servirían un tiempo para la propaganda, después para oficios despreciados y deprecitados, para vivir, unos pocos, es cierto, de agentes de feos manojos. Por anti-indeseables. Si se quiere tener un idea de lo que pudo ser la calidad de esa emigración recuérdese que Cuba antes de 1959 tenía una escasez de cuadros propia del subdesarrollo imperante (por ejemplo, siendo país agrícola, sólo disponía de menos de un millar de agrónomos). Únicamente, después de la revolución pudieron crearse más de veinte carreras universitarias de especialización técnico-científica, pues antes no había sido posible porque las universidades norteamericanas graduaban suficientes cuadros para prestar servicios a las compañías instaladas en Cuba.

c] A mediados de 1960 estaban establecidas las relaciones con los países socialistas que encabezados por la URSS comenzaban su decisiva ayuda militar y económica. En aquel cuadro de choque con el imperialismo, esas relaciones eran un dato más en el proceso de definición de la Revolución cubana y, al mismo tiempo, un factor de esclarecimiento de lo que significaba verdaderamente el socialismo. Pero, sobre todo, la revolución que había comenzado sola y estaba dispuesta a librar su batalla, al costo que fuera, agrupaba en su derredor a pueblos de todos los continentes, se transformaba en un hecho político de alcance universal. En el ámbito internacional, a mediados de 1960 la pelea del pueblo cubano por su liberación adquiría una dimensión correspondiente a la profundidad de los cambios internos realizados y previsibles.

El 13 de octubre de 1960 se procedió a la nacionalización general de la industria, el comercio y la banca. Toda la economía en la práctica pasaba a ser patrimonio de la nación. Se abolía sin retorno la propiedad privada de los medios de producción y sus correspondientes mecanismos e instrumentos financieros y de mercado. Terminaba la fase de la revolución agraria, antiimperialista y democrática. Desde luego, el gobierno había cambiado de composición social e ideológica. Partiendo del Instituto Nacional de la Reforma Agraria (INRA), con funciones universales, verdadera célula originaria de estado socialista, aparecían nuevos aparatos estatales sustitutivos de las agencias e instituciones heredadas del capitalismo. Se iniciaba la integración de las organizaciones revolucionarias. Se consolidaba la dirección revolucionaria de la Confederación de Trabajadores de Cuba.

La política de expropiación de los capitalistas se extendió a los propietarios de viviendas (ley de reforma urbana, 17 de octubre de 1960). Completando el ciclo, se promulgaron la ley de nacionalización de la enseñanza (6 de julio de 1961), y la segunda reforma agraria (4 de octubre de 1963), que procedió a nacionalizar los fundos de más de cinco caballerías (67 hectáreas); pero estas decisiones forman parte de un contexto determinado por las grandes medidas de octubre de 1960 y por la victoria sobre los invasores mercenarios en Playa Girón. Especialmente, es de tenerse en cuenta el hecho de que por la voz del primer ministro se proclamó (16 de abril de 1961) el carácter socialista de la revolución iniciada el 26 de julio de 1953 y que la impresionante movilización popular y la energía con que se replicó a los mercenarios invasores fueron signo evidente de la adhe-

sión de las masas a un sistema cuyas bases institucionales e ideológicas se habían definido en dos años de pugna y experiencias sociales.

La revolución proseguiría su camino. En el año de 1961 se logró la liquidación del analfabetismo, se realizaron el Primer Festival Deportivo, el Primer Congreso de Escritores y Artistas y el XI Congreso de la Confederación de Trabajadores (CTC-R), así como otras actividades que mostraban el vigoroso quehacer masivo del pueblo.

d] Como quiera que el plan imperialista no se limitaba a la agresión directa sino también, y como parte de su estrategia general continental, de carácter contrarrevolucionaria para aislar y bloquear a Cuba, en 1962, se lograba que los países de América Latina rompieran relaciones, lo que se consuma, en enero de ese año por acuerdo de la OEA en Punta del Este. Salvo México, todos los demás países, en manos de gobiernos sin escrúpulos, cesaron de tener relaciones, fueran del carácter que fuesen. En cada etapa de este proceso de ruptura, el Gobierno Revolucionario dejó debida y energicamente fijada su posición, sus principios y su decisión. De ahí las declaraciones de La Habana (la primera en septiembre de 1960; la segunda en febrero de 1962). Y, desde luego, los discursos del primer ministro, del presidente Dorticós y del comandante Guevara en diversas reuniones de la ONU, defendiendo en escala mundial la justeza y legitimidad de la revolución contribuyeron a crear —por primera vez en la historia más reciente— un ambiente universal de acusación y condena de los imperialistas.

No hay duda de que la resonancia de este cambio de situación constituyó una base para la ampliación inmediata de las relaciones internacionales de la Revolución cubana (primera reunión de los No Alineados, Belgrado, septiembre de 1961), con países del llamado Tercer Mundo, especialmente en África y Asia. Por consiguiente, el bloqueo sistemático, incluyendo la llamada "Crisis del Caribe" o de los "Cohetes" o de "Octubre de 1962", comenzó a producir efectos antimperialistas desde su inicio, aunque no fuera más que por el hecho de mostrar la verdadera cara de los gobiernos que la instrumentaron y, en lógica correlación con ello, definió el apoyo y prestigio de la revolución en los pueblos. Como se ha dicho reiteradamente, la Revolución cubana surge y triunfa en una coyuntura internacional favorable, pero a la par, conforma un nivel más alto de la nueva correlación de fuerzas, estimulando la formulación de una política internacional independiente en numerosos países. Este proceso se vincula a la ejemplar victoria del pueblo vietnamita, como avanzada indudable de esa etapa caracterizada por la difusión de procesos iniciales de la liberación y de la socialización en países africanos y árabes y por la instalación de movimientos democráticos nacional-progresistas en América Latina.

e] Llegados a este punto parece conveniente hacer algunos comentarios sobre las ideas que ciertos observadores y "especialistas" en las cuestiones suscitadas por la Revolución cubana expusieron tanto sobre su génesis y desarrollo como sobre sus repercusiones. Ante todo, sería interesante tener en cuenta que los imperialistas invirtieron cientos de millones de dólares para comprar o estimular "estudios" profesionales y organizar centros de acumulación o análisis de datos, todo con la intención de saber, por un lado, por qué los designios imperiales habían sufrido tan vergonzosa derrota en Cuba, y en segundo lugar, para ela-

borar teorías y prácticas de la nueva acción contrarrevolucionaria, entre las cuales se encuentra, claro está, la revisión del marxismo-leninismo. Esto último sólo sirve para probar que efectivamente el socialismo científico es el arma fundamental de los pueblos y que el fenómeno de la conciencia revolucionaria brotada precisamente de una etapa de férreo ocultamiento, de proscrición y de mentiras ideológicas, requiere, cuando menos, tanto empleo de recursos, como las agresiones directas y armadas, que cada día amedrentan menos a los pueblos. Estos hechos que singularizan los años posteriores a la Revolución cubana hasta hoy no podrán ser analizados en este lugar, pero algunos de los temas echados a rodar merecen un comentario. Nos limitaremos a las "teorías" sobre la Revolución cubana.

Una de las explicaciones más usuales de la revolución es la del contragolpe, cuyos fundamentos e implicaciones no están forzosamente relacionados o sujetos a intereses contrarrevolucionarios. Podría decirse que, en muchos casos, los que la sustentan, tuvieron sólo la información que la prensa burguesa dio acerca de los hechos en los años 1959-1964. Y, vista en la secuencia diaria, la Revolución cubana aparecía simplemente, como una respuesta a "errores" de los imperialistas o a la falta de perspicacia de éstos, lo cual conviene a ciertos medios oficiales norteamericanos y de otros países para mostrar la posibilidad de una "reforma inteligente" de la política imperialista. No se olvide que para el imperialismo hoy día la cuestión es de supervivencia y todo lo que, de alguna manera, muestre que ello es posible trata de aprovecharlo.

Ahora bien, si hubo apariencia de contragolpe, no es menos cierto que la respuesta a cada agresión imperialista fue posible en términos cada vez más enérgicos porque las características del movimiento popular establecían previamente su vitalidad. Por razón de la experiencia histórica del pueblo y porque surgió de éste había una dirección consecuente, la única posible en las condiciones de Cuba, la lucha armada no se plantea por causa de inmadurez y de defensa sino precisamente por lo contrario, por madurez de las masas y por su consiguiente capacidad ofensiva.

Que las condiciones para una revolución profunda estaban dadas, se puede observar por las resonancias sociales de la estructura y el proceso semicolonial de Cuba descrito en páginas precedentes, pero no bastaría con ese cuadro somero. En efecto, la génesis y el programa del 26 de julio de 1953 son una prueba concreta de lo que existía en el seno de esas condiciones, como prerrequisito del socialismo. Esa posibilidad se irá mostrando claramente antes del 1 de enero de 1959. Un solo documento del comandante en jefe, si es que no bastara la propia acción del ejército rebelde, sería suficiente para subrayar esa paladina definición.

La carta de junio de 1958 en la que expresa que la lucha armada de entonces sería seguida por una guerra contra los imperialistas —su verdadero destino— tiene un valor excepcional en este caso. Y si pareciese poco, desde el 9 de enero de 1959, Fidel manifestó la decisión revolucionaria de expulsar la misión militar norteamericana sin más trámite. Al hablar de contragolpe debe tenerse presente que en Cuba un hecho revolucionario profundo producía necesariamente el enfrentamiento con el imperialismo. Pensar que quienes, guiados por el programa de Martí y *La historia me absolverá*, desconocían esta verdad, sería tanto como creer en un

esportanismo, si lo hubiera, desvinculado de las condiciones objetivas de la sociedad y las masas en que se produce. Haya quien piense así, estará mal su grado en el nivel de la milgrería social. Por consiguiente, el contragolpe sería una manera de denominar el carácter antimperialista de la revolución conforme él se define y ratifica en los hechos desde 1953 y aun antes. Al margen de las implicaciones del concepto extraviado del contragolpe, su carácter esencial se revela como expresión del desarrollo acelerado de una revolución consciente de su capacidad de réplica.

Otra tesis mucho más peregrina e insostenible, es la de la revolución "impuesta" o "escamoteada" que se urdió como una de las primeras etapas del trabajo "científico" sobre el proceso ocurrido en Cuba y que dejó de ser empleada cuando fuera cual fuese su argumento, ya no cabía duda sobre su irreversible naturaleza socialista, ni los imperialistas conservaban ilusiones sobre la habilidad de sus investigadores alquilonos. En primer lugar, a medida que se conocieron la historia y el antimperialismo revolucionario cubano posteriores a 1953 se evidenció lo que ya hemos probado sobre su definida posibilidad de desarrollo socialista. Pero si ello no fuera suficiente, se constató, en segundo lugar, que la conciencia coherente y profunda de las masas daba al socialismo un vigor perdurable. Aun cuando se dijese que no habían existido condiciones antes de 1959, es obvio que los cambios sociales profundos nunca han salido de la nada o de su propia imposibilidad de existencia.

Con esta tesis apareció una nueva edición de aquella vieja conseja sobre la imposibilidad del socialismo en América Latina, imposibilidad que, siendo hasta 1959 resultado de la propaganda y la prepotencia yanqui, ahora—ante los hechos como Playa Girón—había que abordar de otra manera, enfatizando argumentos viejos aunque olvidados, y otros nuevos surgidos de la situación concreta. En este sentido ya no podía decirse que el socialismo sería detenido por los Estados Unidos sino que era producto de intrigas extrac Continentales que imponían un régimen incompatible con la "psicología" de nuestros pueblos. A veces, muchos observadores europeos y norteamericanos, al margen de sus intenciones, explicaban la Revolución cubana como una más entre las anécdotas propias del exotismo, tan cara a los científicos "desarrollados" (socialismo "con pachanga", socialismo "tropical", etc.), o simplemente una suerte de milagro o de travesura efímera. En suma, algo inconsistente o incapaz de durar, un divertimento para los que se dijeron amigos, o una discriminación para los que no se consolaban con la realidad. En el fondo y en todos, por igual, rechazo. Sólo los auténticos revolucionarios manifestaron respeto y apoyo consecuente a la revolución.

Para la gente contrarrevolucionaria—y la contrainsurgencia que es su brazo secreto—Cuba tenía grandes perspectivas democráticas y "desarrollistas" exactamente en 1959. La historia hasta ese día no permitía asegurar que se hubiese siquiera comenzado tal camino; quizás algún Mesías autorizado por la Casa Blanca iba a realizarlo. Claro está que la Alianza para el Progreso y los Cuervos de Paz realizaron, como consta a los "científicos", ese progreso en América Latina, mientras la Revolución cubana era "escamoteada"... Ya sabemos que el "desarrollismo" por la vía de los monopolios ha transformado la América Latina... en un continente cada vez más desesperado y explosivo. En este caso, nada ha sido "escamoteado". Todo es paladino y transparente.

También se dijo que el socialismo no se adapta al carácter de los pueblos "occidentales"; porque además de su individualismo y su falta de reflexión, se trata de una doctrina "asiática", ajena a la sociedad pluralista (y monoprodutora) de nuestros países, satisfechos del "respeto" que les manifiestan sus dictadores y quienes los arman. Además,—añadiríamos—no hace falta el socialismo, porque el capitalismo se "socializa", transformando a los trabajadores en propietarios de muchas cosas. En suma, porque según el modelo "american way"—que debemos imitar sin duda—en los Estados Unidos (bien lo muestra el libro del senador Harrington: *La cultura de la pobreza*) hay cuarenta millones de seres que capitalizan la miseria, la discriminación, el desamparo y la cárcel. Lo importante es que esta forma de capitalizar es también la progresiva "socialización" de las peores condiciones de vida. No hay allí un régimen "asiático" ni "extraccontinental", ni "escamoteado", ni exótico como el que, se supone, proviene de la aplicación de los principios del socialismo científico en Cuba.

Parecería que estos temas pasaron de moda hace algunos años, y no es así. La bibliografía norteamericana, desde 1962, con exclusión de muy escasos autores, es una magnífica muestra antológica de los argumentos e ideas utilizados por las agencias de espionaje, la prensa amarilla y los "científicos". Sería bueno seguir la ruta de los numerosos "estudios" realizados y su coincidencia con los temas de propaganda empleados oficialmente por gobiernos, funcionarios y gran prensa, para ver cómo todo, objetivamente, es lo mismo.

2. Segunda fase (1963-1970)

Ya nosotros, al menos, dueño este país de sus recursos, habiendo barrido del suelo de la Patria, los intereses de los extrinjeros que usufructuaban y poseían nuestras riquezas y prostitúan y corrompían a nuestro pueblo, ya al menos nos hemos ganado la oportunidad de hacer estas cosas y de ocuparnos de nuestro futuro; de trabajar para hoy y para mañana...

Fidel Castro, discurso del 9 de agosto de 1964

a] Terminado, en lo esencial, el momento de cambio de estructuras económico-sociales, políticas y estatales, formadas las organizaciones de masas (Comités de Defensa de la Revolución, 1959; Confederación de Trabajadores de Cuba, 1960; Federación de Mujeres Cubanas, 1960 y Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, 1960, conocidos respectivamente por sus siglas: CDR, CTC-R, FMC y ANAP), se enfatizó la formulación de una estrategia de desarrollo que la situación precedente no había propiciado. La consolidación de la revolución permitía que se atendiera con pareja solicitud tanto la defensa armada como el desarrollo ideológico y la construcción económica y material.

Hasta 1963 habían aparecido los elementos básicos de esa línea estratégica; ahora se trataba de formularlos selectivamente con carácter perspectivo. El desarrollo quedó centrado en la agricultura, como base para cualquier otro crecimiento sectorial posible. No cabe olvidar que la medida esencial fue la reforma agraria y la promoción del desarrollo rural. Y, por lógica consecuencia de la economía

represas, caminos, viviendas y escuelas, etc.) En uno y otro caso, el ritmo de construcción no ha cesado desde entonces.

Por otra parte, la industria pesquera adquirió una importancia digna de ser subrayada porque se basa en la implantación de tecnologías y el uso de embarcaciones modernas inexistentes por completo antes de 1959. La producción de energía eléctrica (plantas térmicas) se elevó sustancialmente. La ampliación de algunos centros mineros y el esfuerzo sistemático de prospección geológica reflejaron la ofensiva general de crecimiento en todas las ramas de la economía. Finalmente, es de señalar que continuó a un ritmo apreciable la repoblación forestal iniciada en 1959.

Como un aspecto significativo de las etapas de maduración "instrumental" de la economía en esos años de definición estratégica, surgieron las JUCEI (Juntas de Control, Ejecución e Inspección) ya mencionadas en todos los niveles territoriales, las cuales mediante el trabajo de conjunto de los delegados del aparato central introducían un mecanismo primario de análisis y dirección en la base. No es el momento de juzgar este dispositivo; pero puede afirmarse que reveló la necesidad de afrontar las dificultades del desarrollo económico en escala descentralizada.

b] Estos hechos son sin duda básicos para encaminar la construcción socialista. Particularmente, si examinamos la elaboración de los primeros planes nacionales y la búsqueda de formas de organización más adecuadas, a la luz de la promoción de cuadros mediante el establecimiento de un masivo sistema de formación que comprende desde cursos específicos y limitados en los organismos hasta las universidades, así como los estudios de posgrado en el extranjero.

En congruencia con las tareas organizativas que plantea el desarrollo alcanzado desde 1963, se estructuró y afianzó la autoridad de JUCEPLAN (Junta Central de Planificación) y se constituyó el servicio de estadística en escala nacional. Paralelamente se libró una batalla decisiva contra la centralización operativa de los aparatos estatales y las concepciones y prácticas burocráticas. También los órganos de gobierno y de dirección se asentaron sobre bases técnicas, indispensables para la ejecución y el control de todas las actividades.

c] Durante estos años se prosiguió un intenso esfuerzo de formación de conciencia basado esencialmente en el prestigiamiento del trabajo productivo, la eliminación del espíritu de lucro y la participación de todo el pueblo en la construcción del nuevo país. La conciencia de la construcción socialista tiene que ser forzosamente un grado superior de la conciencia sustentadora del triunfo de la revolución. En este marco se produce la ofensiva revolucionaria (marzo de 1968) que destruyó pequeños comercios creados a la sombra de la escasez de productos y de su deficiente distribución como un resurgir de elementos residuales de burguesía que intentaba reproducirse como "solución" a las dificultades que ellos mismos acentuaban con sus actividades, frecuentemente ilegales y siempre opuestas a la prioridad que tenían en la acción revolucionaria los intereses de las masas.

Asimismo se fortalece la posición internacional de Cuba a despecho del bloqueo y del aislamiento provocados por los imperialistas. No sólo se reafirman los nexos con los países socialistas, como lo evidencia el convenio comercial con la URSS

heredada, precisaba abordar, primero, las ramas agrícolas de exportación, puesto que constituyen la fuente de medios para la adquisición de fábricas, máquinas y materias primas requeridas por esas mismas actividades agrícolas y los demás sectores priorizados para el desarrollo en escala nacional.

Con toda la economía en las manos, el apoyo popular irrestricto y el desarrollo ya alcanzado se enfrentó a la tarea de instaurar un primer plan que fue debatido en todos los niveles del país. Se difundieron los Comités Técnicos Asesores, creados a partir de 1961 en las fábricas. Se crearon las Agrupaciones de Granjas del Pueblo, y las JUCEI (Juntas de Control, Ejecución e Inspección) como instancia intermedia, destinadas a reforzar la dirección y la ejecución económica en niveles de región. Los años 1963-1964 delimitan, en este sentido, un primer empuje hacia la organización y la participación obrera más eficaz en la economía. El plan no podía ni debía ser global porque la estructura de la producción, tanto horizontal como verticalmente, conservaba enormes vacíos e inarmonías; existían regiones casi totalmente desprovistas e improductivas; faltaban industrias y actividades de eslabonamiento entre ramas y de apoyo, así como elementos de infraestructura (viales, hidráulicos, de almacenaje, etc.); escaseaban los técnicos y los especialistas. La decisión fue justa: el plan de 1966-1970 se concentraría en la modernización, la ampliación y el perfeccionamiento de la producción azucarera, como centro dinámico de la economía, generador de los recursos necesarios para una expansión de las demás ramas. Pero, igualmente se enfatizó la creación de *planes regionales*, destinados a armonizar la estructura total, lo cual tenía un doble sentido: lograr un nivel general necesario para una planificación global y, además, por lógica repercusión, reducir el carácter de conjunto de "islotos de desarrollo" que la estrategia capitalista había impuesto, como ilusoria promesa, a la economía del país. Hacia 1970 muchos de esos planes estaban consolidados.

En este sentido, en 1965 aparecen delineados dos objetivos: i] transformación técnica de la agricultura cañera y de la industria azucarera para liberar recursos humanos (fuerza de trabajo) y naturales (suelos), necesarios en la expansión de otras ramas de la economía; ii] transformación de la calidad, y aumento, de la masa ganadera para el consumo interno y, eventualmente, para la exportación. En suma, se trataba de iniciar el proceso de una sustancial elevación de la productividad, cuya primera fase fue, sin duda, la organización del trabajo voluntario, ya que en las condiciones iniciales el peso de la introducción de insumos técnicos o de maquinarias no podía ser decisivo.

Desde ese año se perfilan dos componentes más de la línea estratégica: i] expansión del cultivo de cítricos en regiones apropiadas al mismo y hasta entonces no utilizadas o sólo en muy pequeña medida (por ejemplo, Isla de Pinos y sur de Matanzas), e ii] fomento de grandes arroceras en zonas como el sur de varias provincias (Pinar del Río, La Habana, Las Villas). Apréciase que ambos planes se vinculan muy estrechamente con la etapa y realización táctica de los planes regionales ya mencionados.

Ciertamente, esos objetivos implican, por un lado, la necesidad de promover industrias de apoyo (plantas de fertilizantes, por ejemplo) o de aprovechamiento de los productos de la agricultura y, de un modo más inmediato, el establecimiento de una infraestructura (instalaciones de explotación, sistemas de regadíos,

en 1964, sino también con los países de América, como Canadá; de Asia, como Japón, y de Europa Occidental, como Francia, Gran Bretaña y España, cuyos créditos a mediano plazo (cinco años) fueron en esa sazón la mejor prueba de la solidez de la revolución.

d] En el orden interno, son años en que se liquidan las bandas contrarrevolucionarias alzadas en Las Villas, así como una serie de redes y grupos de la CIA que se dedicaban al sabotaje en sus diversas modalidades y a la información. Los años 1964 y 1965 fueron particularmente exitosos en este aspecto de la destrucción sistemática y definitiva de la organización enemiga. Mientras, por otro lado, el partido presentaba a las masas su comité central (1965), adoptaba el prestigioso nombre actual (Partido Comunista de Cuba) e iniciaba el proceso de su total estructuración en todos los niveles orgánicos. La profunda labor de conciencia, a la par que producía significativos frutos, proseguía y sobre todo se manifestaba vigorosa en la política de solidaridad internacional puesta en práctica por el gobierno revolucionario respecto de pueblos amigos y hermanos de los diversos continentes. El apoyo a la lucha ejemplar del pueblo vietnamita, al combate antimperialista del pueblo dominicano, a los pueblos africanos en sus guerras de liberación o frente a agresiones extranjeras, constituían otros tantos ejemplos de la decisión cubana de sentir como suyo cualquier agravio hecho a otros. En todas las tribunas internacionales la voz de Cuba estaba alineada contra el colonialismo, el neocolonialismo, el racismo y su principal promovedor, el imperialismo.

e] Esta fase culmina en la zafra azucarera de 1970, cuya meta de 10 millones de toneladas había requerido grandes inversiones preparatorias en 1968 y sobre todo en 1969. Numerosísimos centrales fueron ampliados y modernizados. La producción alcanzó 8 1/2 millones de toneladas de azúcar, la más alta cifra en la historia mundial y que se logró por un excepcional esfuerzo del pueblo cubano, frente a las dificultades de organización y los obstáculos naturales que caracterizan a la agricultura en las zonas tropicales.

Era un éxito de la nueva actitud de todo un pueblo. Al mismo tiempo, aquella zafra evidenció la necesidad de mejorar los mecanismos intermedios de dirección y de control, reveló la necesidad de sistematizar la participación de las masas en la formulación y ejecución de los planes y de perfeccionar las bases técnicas de toda gestión pública. Lo que menos ha llamado la atención de muchos comentaristas fue que la reserva del principal producto creada entonces ha jugado el papel principal en el "despeque" que se evidencia desde 1971. Objetivamente, se habían creado las condiciones para el crecimiento socialista y los elementos subjetivos (experiencia socializada, multiplicación de cuadros profesionales y técnicos, incorporación totalmente masiva a la educación, concepción del bienestar individual como parte inseparable y necesaria de la vida colectiva) aparecían como orgánicamente integrados. En las dos vertientes del movimiento revolucionario —material e ideológica— se manifestaba a plenitud una etapa de superior madurez.

Si puede afirmarse que el discurso del primer ministro (26 de junio de 1970) fue, por su paladino análisis de la situación, prueba de singular coraje, no es menos de subrayar que todo ello se inscribía en el proceso de una alta conciencia popular lograda a lo largo de esos años. Una vez más la revolución mostraba una insos-

pechada capacidad de examen crítico de su propio quehacer y podía enfrentarse a tareas más complejas con garantía de que las masas, lejos de vacilar o de reducir su confianza, emprenderían con firme decisión el camino del desarrollo en su nueva fase.

Los siete años transcurridos desde la segunda reforma agraria se habían caracterizado por un arduo trabajo de cimentación, pudiera decirse. Además de la construcción material y del desarrollo de la conciencia socialista, el campesinado surgido de la revolución se integraba de diversa manera a los grandes planes regionales o iniciaba la formación de cooperativas; la organización sindical precisaba su función en la nueva sociedad, principalmente en cuanto a la organización del trabajo, la educación tecnológica y universitaria avanzaba en su adecuación a las necesidades del desarrollo y mejoraba su realización docente; la educación de adultos proporcionaba una preparación más eficaz a los trabajadores y a toda la población escolarizada; las mujeres, por decenas de miles, se incorporaban a las tareas de la construcción del país en todas sus ramas. Por esta razón, si algo puede afirmarse respecto del año 1970 es que se reveló la posibilidad de dar un paso más firme en la vía del socialismo.

f] Durante la etapa que hemos reseñado, a las "teorías" contrarrevolucionarias elaboradas por las circunstancias del período 1959-1963 se unen nuevas elaboraciones más sutiles, y; desde luego, mucho más confundidoras, porque a los puros y simples agentes enemigos hay que añadir los comentaristas y "teóricos" cuyos argumentos son tomados por aquéllos como una prueba de la llamada "crisis del marxismo". En esta etapa, las ideas contrvertidas, muchas de ellas en la propia Cuba, o puestas en ejecución, serían el blanco de un árido de comentarios. Para los comentaristas, el debate público sobre la vigencia de la ley del valor, por ejemplo, no era una prueba de fortaleza de la revolución ni de su capacidad —tantas veces mostrada— de examinar sus propios problemas sino una demagogia de divergencias o de ignorancia política. Y, desde luego, cuando impugnábamos aquellas mentiras y excesos entonces se decía que la revolución veía enemigos por doquier, se nos acusaba de vivir tras una nueva "cortina". Como es obvio la motivación subyacente en todas las "teorías" y las observaciones iban más allá de éstas y enraizaban en la profundidad de intereses enemigos o de arbitrios teóricos en la lucha entablada por el pueblo cubano. Se constataba cómo las ideas de algunos críticos, incapaces de medir la resonancia de sus ideaciones e indiferentes ante el destino final de ellas, iban incorporándose al arsenal "teórico" de la propugnada enemiga o, se advertía cómo, infortunadamente para ellos, muchos de sus argumentos o de su información provenían de fuentes espurias o coincidían con ellas. Claro está que nadie pretendería —menos el pueblo cubano— que hubiera silencio absoluto o pura apología pues una revolución como la de Cuba constituye un forzoso tema polémico universal; pero, en esta situación, cada cual debe asumir las consecuencias objetivas de su intervención y de la forma en que la realiza. La dirección revolucionaria de Cuba y su pueblo las han asumido ¿habría razón para eximir de este deber y responsabilidad a los que han hecho gala de sus reparos?

Varios fueron los temas debatidos desde 1965. A las cuestiones que hemos comentado en relación con la primera fase, se unieron las que se originaban en el desarrollo de la revolución. Señalaremos algunas.

Se dijo que en el seno de la Revolución cubana había graves discrepancias sobre la estrategia de desarrollo. Llegaron algunos observadores y comentaristas a decir que se trataba de una lucha furibunda entre "industrialistas" y "agriculturalistas". Sin embargo, aun antes de 1963 y desde luego años después (cuando menos hasta 1965) la proyección de la reforma agraria, sobre todo respecto de las cooperativas cañeras transformadas en granjas del pueblo, era de un desarrollo fundamentalmente agrícola, mientras que las inversiones en industrias eran secundarias. Acostumbrados a medir palabras, sin, por otra parte, analizar su contexto, los inventores de "graves divergencias" no veían o no querían ver que el centro de la acción revolucionaria había sido y era precisamente, la agricultura. Pero, como ello era obvio, algunos tomaban nuevo camino: la revolución no reconoce el papel fundamental del pequeño campesino en el abastecimiento de la población. Se desconocía o se aparentaba desconocer que el pequeño campesino, como productor para el mercado interno, apenas tuvo importancia en Cuba, ya que los grandes cultivos comerciales (caña, tabaco, café y vegetales de invierno para el mercado de Estados Unidos) fueron sin duda privilegiados por las relaciones económicas semicoloniales. En lo esencial, el pequeño campesino es un resultado de la reforma agraria. Aun admitiendo que el concepto de pequeño campesino europeo o de otras zonas fuese aplicable sin más a la estructura agraria cubana anterior a 1959, no se quería ver que era un estrato social fundamentalmente ampliado y creado por la revolución y que precisaba insertarlo, pues debía su existencia a la reforma agraria (1959-1963), en los nuevos mecanismos de vocación y objetivo socialistas.

Además, se puso de moda la discusión sobre los estímulos materiales y morales. En este punto valdría la pena aclarar que los enemigos se encuentran súbitamente ante un problema planteado por la revolución y tienen que buscar rápidamente la forma de abordarlo; estaban, como estarán, a la zaga de los hechos y las ideas comunes en Cuba.

Esta cuestión fue objeto de numerosos artículos y monografías de los enemigos. Los "sabios" la desconocían hasta que la Revolución cubana le dio su importancia práctica indudable. Sin embargo, no era la primera vez que aparecía en la historia revolucionaria del mundo. Para los impugnadores de la revolución los estímulos morales y los materiales eran como compartimentos estancos. Constituían una muestra de la "autorrevisión" de criterios por el hecho de que, simultáneamente, se aplicasen los dos mecanismos de incentivo o que incluso se previese un eventual desarrollo ulterior diferente. Los estímulos morales se examinaban a la luz de grandes "verdades", producto de varios milenios de existencia de la propiedad privada y del lucro individual. Ahí estaban presentes el esfuerzo diario, el sacrificio consecuente del pueblo en la defensa de la patria y en la construcción de la nueva sociedad. Lo que nunca se intentó abordar fue el hecho innegable de que ambos estímulos forman unidad y estaban presentes desde el primer año en la acción revolucionaria total, lo cual es inexcusable en una transformación profunda de estructuras. El llamado a la conciencia, incluyendo, desde luego, la conciencia de las ventajas materiales aportadas por el cambio de sistema social, es parte indivisible de la revolución.

La prueba de que superviven las mentiras más burdas está en el hecho que todavía se "estudia", del "fracaso de la exportación de la revolución". Éste se atri-

buye pomposamente a la adhesión de los pueblos del continente a la democracia representativa o a la "inteligencia" de los espías y contrarrevolucionarios para los cuales ya no habrá "sorpresa" o también a que los pueblos de América Latina son tan poca cosa que no lograrán tener un líder "carismático" como Fidel. Lo cierto es que si los dispositivos contrarrevolucionarios son tan eficaces en el resto del mundo como lo fueron en Vietnam y en Cuba algún día constataremos que lo único que no se puede exportar impunemente es la contrarrevolución.

No obstante la propaganda enemiga y las objeciones profesionales, el ejemplo de la alfabetización, de la combinación del trabajo y del estudio en la formación de la juventud y del trabajo voluntario en Cuba, como aspecto de una misma capacidad de esfuerzo desinteresado, sigue siendo una fuente de inspiración para muchos pueblos del mundo actual.

La medida de la justeza de un proceso histórico la da el tiempo, porque no es un vacío conjunto de hojas de calendario sino un fluir y acumular de experiencias, de sabiduría auténtica, de creación material y moral inspiradoras del hombre más allá de sus fronteras geográficas.

3. Tercera fase (1970-1979)

El trabajo a realizar en los próximos años para darle cumplimiento a los acuerdos que se habrán de tomar en este Congreso, será un trabajo intenso y complejo, debido a la diversidad de tareas y a la profundidad de las transformaciones que es necesario llevar a cabo. . . los que generarán cambios más sustanciales, profundos y extensos son los relativos al proceso de institucionalización del país y de reordenamiento de toda la actividad económica.

Fidel Castro, *Informe, cit.*

a) Al llegar a este punto, debe advertirse que el cambio interno entonces iniciado coincide, y no por azar, con el planteamiento de condiciones internacionales, dentro de las cuales las realizaciones de la Revolución cubana y sus perspectivas son reconocidas como ciertas y definitivas. De este modo, Cuba se inserta en el marco continental y mundial como una nueva prueba de que la política imperialista puede ser derrotada y de que los pueblos encuentran en la solidaridad internacional la inspiración y garantía de sus esfuerzos para la liberación y el desarrollo.

Por consiguiente, esta fase debe caracterizarse por la ruptura progresiva del bloque, como se prueba, especialmente, en la reanudación de relaciones con países de América Latina y el Caribe que viene acompañada con un significativo crecimiento del intercambio comercial. Además se amplían las relaciones con países de África y Asia. Cuba, finalmente ingresa al Consejo de Asistencia Mutua Económica (CAME). Es de señalar la participación activa en la múltiple gestión del grupo de los "No Alineados" para una defensa consecuente de los recursos naturales y humanos y el afianzamiento de una política exterior independiente de los países incluidos en el llamado Tercer Mundo. Factor decisivo para esta vinculación

estrecha con la comunidad internacional ha sido la actitud de la Revolución cubana que pone a disposición de otros países y pueblos sus experiencias.

A lo largo de esos años, desde 1960, el apoyo solidario de la URSS y de los países socialistas fue un elemento principal para acrecer la capacidad de enfrentamiento antimperialista de la revolución. Bastaría, para resumir este aspecto ejemplar de la historia más reciente, reproducir las palabras del compañero Fidel (1976): "Nuestro pueblo se siente orgulloso de sus relaciones con este gran país. Ellas constituyen un modelo de práctica internacionalista, de comprensión, respeto y confianza mutua. Jamás la Unión Soviética, que tan decisiva ayuda brindó a nuestro pueblo, se ha acercado a nosotros para exigirnos algo, para poner una condición, para decirnos lo que debemos hacer. Nunca en la historia de las relaciones internacionales, que estuvieron regidas milenariamente por el egoísmo y la fuerza, se conoció este tipo de lazos fraternales entre un país poderoso y un país pequeño. Sólo el socialismo puede hacer posibles en el mundo tales vínculos entre los pueblos."

En el orden interno, el esfuerzo económico prosigue con un énfasis creciente hacia los más adecuados métodos de dirección y de participación. Bastaría referirse al proyecto del plan de cinco años (1976-1980), al papel que desempeñan los sindicatos en la movilización de las masas para la ejecución y adecuación del mismo y al aumento progresivo de los abastecimientos.

Desde luego, los órganos del poder revolucionario popular han entrado en la etapa de institucionalización de las experiencias logradas en los años precedentes. En primer lugar, el aparato judicial ha adquirido el carácter social y técnico que le corresponde. Es por otra parte primordial que se aprecie el establecimiento en escala masiva de un sistema electivo de votación secreta para la selección de los representantes del pueblo, sea en la esfera sindical, como sucedió a partir del XIII Congreso de la CTC (1972), sea en la esfera política, como se ha practicado (1974) en la provincia de Matanzas para designar los componentes del poder local.

¿Qué dirían los expertos de la profunda democracia característica del proceso de creación de la Constitución socialista y de la elección generalizada del Poder Popular (local, provincial y nacional)? Detengámonos para decirlo, aun cuando ellos lo saben. El texto del proyecto de Constitución fue analizado y debatido en la base por millones de ciudadanos; en consecuencia se elevaron al gobierno cientos de miles de observaciones y sugerencias que demostraron, en primer término, el sólido arraigo político masivo y de subrayar preocupaciones que, aun no siendo de necesaria integración en el texto fundamental, son una guía para organizar y legislar. Las tesis del Primer Congreso del PCC (1975) fueron igualmente debatidas en la base, evidenciándose que la dirección política posee todo el prestigio requerido para conducir el país. Las elecciones que culminaron con la constitución de la Asamblea Nacional (2 de diciembre de 1976) constituyeron igualmente un proceso general de participación de las masas a partir del nivel popular de las circunscripciones.

La formulación de leyes fundamentales y códigos y el intenso trabajo preparatorio de la Constitución son resultado de la creación material lograda, de la superación ideológica de la nación y de la posibilidad real de que todas las actividades del país tengan parejo grado de desarrollo. En suma, expresan la exacta oportunidad de reflejar de un modo general, y no solamente por sectores, los principios y la práctica que fundamentan la perdurable validez de la revolución socialista de Cuba, la

que comenzó un 26 de julio de 1953 y hoy día sigue por el mismo camino en pos de realizaciones más altas y complejas.

b) Si como hemos indicado todo ello integra un cuadro de coherencia de la revolución con las condiciones existentes y las perspectivas por ella misma creadas, no sería ocioso exponer algunos índices numéricos de las realizaciones económico-sociales. En los aspectos más significativos para el inmediato bienestar del pueblo comparemos las cifras de 1958 con las más recientes.

Veamos en cuanto a la educación.

	1958-1959	1974-1975	Relación % ₁
Primaria	717 417	1 923 290	2 68
Secundaria general	63 526	337 524	5 46
Técnica y profesional	15 586	30 171	5 14
Universitarios	2 063	68 504	33 21
Educación adultos	—	413 647	—
TOTALES	811 345	2 945 154	3 63

Huelga decir que el personal docente y, desde luego, las instalaciones escolares aumentaron en proporciones aun mayores con relación a la situación prerrevolucionaria.

Pero si en el orden curricular este cuadro es elocuente, lo será más si se añade que el número de becas ha aumentado constantemente desde 1962-1963 (73 517) hasta 1972-1973 (198 965); lo mismo ha sucedido con los escolares seminimios: 1963-1967 (1 241); 1972-1973 (251 880). Y no menos de tener en cuenta son los cambios pedagógicos realizados. La provisión de laboratorios y materiales de enseñanza y de aprendizaje, la eliminación sustancial de la enseñanza memorista y pasiva, la provechosa combinación del estudio con el trabajo productivo, desde los últimos grados de primaria hasta las universidades, adecuándose las tareas a las edades y conveniencia de cada tipo de escuela, son fenómenos que sobrepasan toda posibilidad de resumen en cifras. La revolución considera que la participación estudiantil, por ejemplo, en la ESRG, no es solamente una forma óptima de auto-financiamiento del vigoroso esfuerzo educativo, sino también, y sobre todo, la mejor manera de restituir al trabajo físico su dignidad, de formar jóvenes con la conciencia del esfuerzo que es preciso realizar en escala nacional para crear riqueza y, desde luego, con la satisfacción de haber contribuido a la construcción del nuevo país, a la par que se preparan para hacerlo más tarde como profesionales, técnicos medios, o enseñantes.

A su vez, los trabajadores subescolarizados tienen las facilidades adecuadas para completar sus estudios. Incluso hay sedes universitarias en grandes centros industriales. En este caso el trabajo se vincula al estudio.

Si de esta esfera pasamos a la salud, observaremos aún más claramente por qué hablamos de una nueva sociedad y de un país diferente. Veamos algunas cifras:

	Policlínicos	Clinicas estomatológicas	Hospitales rurales	Hospitales de camas en hospitales	Total
1958	0	0	0	0	28 536
1974	336	98	56	56	44 379

Es pues lógico que la mortalidad perinatal que, en 1968 era todavía de un 33.4 por mil, sea sólo de 28.2 en 1974. Y que, además, la poliomielitis se haya reducido a 0 o a un caso anual desde 1964, así como que la malaria haya desaparecido desde 1968 y que la mortalidad por tuberculosis en menores de 15 años sea sólo de 3 por mil en 1974 cuando aún en 1963 se fijaba ¡en 43! En muchos otros aspectos la organización y los resultados de la salud pública preventiva han sido objeto de la apreciación valiosa de organismos técnicos internacionales y de misiones oficiales de numerosos países.

Sólo con servicios hospitalarios de primera calidad han podido erradicarse enfermedades endémicas, producto de la miseria y de la carencia de atención adecuada a la población.

Omitimos por evitar una prolijidad que extendería este breve recuento más allá de lo previsto, las cifras y realizaciones en el campo de la investigación científica, de la cultura y los deportes de masas. Pero no podemos dejar de subrayar que la publicación de libros desde 1967 hasta 1975 alcanzó la cifra de cien millones de ejemplares con especial énfasis en textos escolares aunque en modo alguno por reducción de otras obras, muchas de las cuales han dado a conocer al pueblo cubano lo mejor de la literatura universal, sin exclusión de países. Ni qué decir que la producción de obras cubanas así como las reediciones son cuantiosas.

Si de estos sectores pasamos a exponer algunas de las cifras económicas, se comprenderá aún mejor por qué hemos tratado de fijar, a partir de 1970, la etapa del ascenso continuo y de la plena posibilidad de una planificación eficaz. Primero, exponemos los datos del producto social global* en millones de pesos.

	1970	1971	1972	1973	1974
	8 356 0	8 966 5	10 417.9	11 921.3	13 149.0 (estimado)

La mecanización de la cosecha de la caña que es un factor ya apreciable en la elevación de la productividad y la reducción consecuente de los costos ha alcanzado en 1974-1975 el 25.8%. Ello implica el desplazamiento de decenas de miles de trabajadores dedicados al extenuante corte manual hacia otras actividades priorizadas y en las que, en virtud del pleno empleo, no se dispone de la fuerza de trabajo requerida para su desarrollo.

* Equivale al valor de todos los bienes y servicios *productivos* obtenidos en Cuba durante un año, a los precios corrientes.

La producción de cítricos que ha sido uno de los principales proyectos estratégicos de la revolución ha evolucionado desde 116 212.6 toneladas en 1965 hasta 176 505.7 toneladas en 1973 y 187 000 toneladas en 1974. Como quiera que una buena proporción de essec en Isla de Pinos, Matanzas, Camagüey están ocupados en planes citricolas, es fácil percatarse de la importancia que ha asumido la juventud en este crecimiento.

Tanto el arroz (1970, 375 000 toneladas; 1974, 436 000), como los huevos (1965, 1 065 000 000 de unidades; 1974, 1 909 000 000 de unidades), las aves de granja, las hortalizas y legumbres, el pescado, todos alimentos de primera importancia han logrado cubrir parte sustancial del consumo o su totalidad.

La construcción industrial ha mantenido su ritmo de crecimiento en ramas de apoyo a la producción agropecuaria y en la ampliación y modernización de plantas preexistentes, así como en el desarrollo de nuevas instalaciones. Son de especial importancia, las plantas eléctricas que han permitido desde 1970 hasta 1974 una tasa de aumento anual de un 5.3%; las industrias de fertilizantes, cuyos índices de producción revelan incrementos decisivos para la agricultura, y las plantas de cemento que han logrado más del doble de la producción (1970, 742 000 toneladas métricas; 1974, 1 813.6 toneladas métricas).

Lógico es que cambie aunque sea a ritmo lento la estructura ocupacional de la población, hallándose en 1973 distribuida de la siguiente manera:

Actividad productiva	84%
Agricultura, ganadería y sectores	36%
Industria (incluye la pesca)	22%
Construcción	7%
Transportes y comunicaciones	6%
Comercio	13%
Actividades no productivas	16%

Los estimados anteriores a la revolución reflejaban la "ruralización" de más del 50% de la población trabajadora y una tendencia al crecimiento del sector terciario, en detrimento de la industria y las restantes ramas.

Para terminar hemos de dar las cifras de las diversas formas de tenencia de viviendas que se han desarrollado desde la aprobación de la Ley de Reforma Urbana:

Viviendas	
Propiedad privada	1 468 800
Exentos de pago	126 900
En amortización del valor	200 200
Sujetos a renta	151 100
Otros	20 200
	75%
	6%
	10%
	8%
	1%

Como es sabido la renta es, por determinación de la ley, equivalente a sólo un 10% del ingreso de los usuarios. Cuando los 200 000 usufructuarios que figuran

amortizando el valor de la vivienda finalicen sus pagos, la proporción de los que se hallen en plena propiedad será de 85% del total.

c] Decir que la revolución enriqueció lo que venía acumulándose y precisando sus contornos, en la ciencia y la cultura, no bastaría. En efecto, fue más allá porque creó las condiciones orgánicas e ideológicas para que la ciencia y la cultura se expresaran como un quehacer cubano y universal; y, además, dio validez a lo que antes, como ha subrayado Fernández Retamar, sólo hubiera sido cosa al margen de lo formalmente científico e intelectual. Hasta 1959 ciencia y cultura eran un arma de proyección o anuncio del futuro; después, constituirían parte esencial del presente, de lo real de todo aquello que, fuera de la gestión directa del poder revolucionario, expresaba, sin embargo, las grandes transformaciones como experiencia o como resultado del hombre y de las masas recobrados. La revolución cambia el universo de la nación, dando a todo un parejo sentido de integración y mensaje que se halla en la construcción diaria de la nueva sociedad y se manifiesta ora de una manera, ora con diversa vestidura. De ahí que la ciencia y la cultura que llaman al "servicio de la revolución", frase ambigua si no peyorativa, esté en Cuba como todo, no a ese servicio de la transformación, mas en ella y como fase o aspecto de ella. No vienen de afuera o caen del cielo, sino que se hallan dentro, como una vida múltiple que se gesta para renovar la sociedad procreadora. Las ciencias han visto crecer sus órganos numerosos antes inexistentes y, además, con recursos para iniciar un vasto movimiento. La Academia de Ciencias, el CNIC, el ICMDA, el Consejo de Investigación Científica del MINSAV, los interminables centros de ciencia aplicada, la difusión y el perfeccionamiento de la documentación, la revolución pedagógica y la diversificación de los estudios universitarios, la formación en otros países de miles de especialistas en ramas que aun no hemos podido organizar en el país son hechos reveladores de la pujanza con que la revolución recupera en la juventud de hoy los años perdidos por el colonialismo. Y el homenaje a los que se nos revelan hoy en esa dimensión heroica que les impuso su presente (Tomás Romay, Carlos J. Finlay, Juan Tomás Roig) es la mejor prueba de que la ciencia en Cuba se sabe hija de toda una vida renovada y no se considera como sorpresa de la naturaleza o dádiva de la genética o mero resultado de una vocación alfanada por más que ella sea necesaria.

Otro tanto podría decirse de las ciencias sociales que han gozado de la posibilidad de realizarse como práctica eficiente y no sólo como análisis crítico o teórico. La conversión de miles de campesinos dispersos en habitantes de pequeñas comunidades urbanas, construidas para ellos, partiendo de los análisis de geolocalización, de composición familiar, de niveles educacionales, de experiencias técnicas y de sus propias aspiraciones y sugerencias constituye por sí sola, en más de 300 proyectos realizados, una cabal hazña sociológica. La formación marxista, dada en la acción de toda la sociedad es, aún más, una poderosa transformación del pensamiento que ofrece perspectivas ilimitadas a estas ciencias. En primer término, a la historiografía, prestigiada desde los momentos iniciales de la nueva conciencia nacional (1920-1930) y vinculada a todo el quehacer revolucionario desde el 26 de julio de 1953 hasta hoy. Jornadas periódicas, como la de Martí, las del Che y Naceo, han permitido que el conocimiento del pasado deje de ser curiosidad encomiable para transformarse en necesidad eficaz. Sólo el Movimiento de Activistas

de Historia que se extiende por todo el país y ha anclado sólidamente en las masas incorpora a cientos de miles de cubanos; su concurso anual (1 de enero) prueba que la gente obrera y campesina puede traer en apoyo de sus testimonios y vivencias la personal investigación. La historiografía que cuenta con numerosos cuadros jóvenes, cuya producción es cada día más certera, ha dejado de ser la evocación del pasado para devenir sin remilgos objetivistas otra forma, una de las más altas, de conciencia del presente.

Lo que, por deliberada e insatisfactoria sistematización, llamamos cultura, no ha sido menos sino más representativa de la total transformación en marcha. Bajo apariencias formales muy variadas, la obra de los poetas, de los narradores, de los plásticos, de los músicos ha adquirido una dimensión y un vigor insospechados. En la senda de sus iniciadores eminentes (Marinello, Guillén, Carpenter, Portocarrero, Alicia Alonso, por citar sólo algunos), los más jóvenes han mostrado que no hay un simple relévo de generaciones y modos de hacer sino también, y sobre todo, la total posibilidad de una creación ilimitada, fuerte y veraz en tanto se expresa el autor como él es dentro de la ardorosa existencia de su gente. Y con ello han nacido la crítica, la teoría de la cultura, la cultura en las masas, el ansia de leer y oír lo mejor, lo que antes de 1959 no había o sólo era patrimonio de un grupo llamado "profesionalmente" a ello, los intelectuales. Desde ya sabemos que a lo lejos se avizora la sociedad que formará en primer término seres humanos que, además, serán creadores, precisamente porque ante todo han sido liberados de angustias y frustraciones, han recobrado la condición humana, como lo afirma entre otras previsiones insuperables, Carlos Marx.

Casa de las Américas, con su revista y su concurso anual UNEAC, el Ballet Nacional, la Escuela Nacional de Arte, los festivales generales y sectoriales de cultura, la educación artística integrada progresivamente a la enseñanza general, son realidades que trascienden las fronteras del país.

La ciencia y la cultura desde 1959 constituyen una forma diferente, y de parejo sentido que las demás, de expresar sin adjetivos o adiciones un acontecimiento único y diverso: la revolución socialista.

d] Desde ya podemos afirmar que nada de esto llama la atención de los expertos. Es lógico, no hemos dado a conocer el pericárita, ni la producción total de "comics", ni los beneficios empresariales que revelan cuanto éxtasis debe deshinarse a la eficiencia y el "savoir faire" del capitalismo. Tampoco informamos sobre el número de casas de juego y de lupanares. Realmente, nuestras estadísticas no son de fiar... ¿No es cierto? Pero las estadísticas en Cuba se ven, no se imprimen simplemente. Lo que se ha construido, ahí está, lo que la población consume, ahí está, y clases sociales, lo que cada cual tiene, lo posee ciertamente y no en promedios. He ahí lo que ha hecho la Revolución cubana, difamada por enemigos y criticada por expertos impacientes o ilusos, amada por centenares de millones de seres humanos en decenas de países de todos los continentes.

o prerrequisito del paso a niveles superiores de desarrollo. Por otra parte, la organización de los órganos del Poder Popular de los cuales dependen empresas y unidades económicas destinadas a resolver, en el nivel de participación de las masas o sea, por municipio y circunscripción, los problemas de servicios fundamentales, requiere un esfuerzo arduo y sostenido para darles eficiencia, agilidad y consistencia. Tanto la gestión de los órganos como la participación popular, en su doble calidad, crítico-cooperativa, son elementos sustanciales del proceso de institucionalización iniciado en esta década, enmarcado por las tesis y resoluciones del Primer Congreso y desarrollado mediante la Constitución y los cuerpos legales fundamentales, a partir de enero de 1976.

Todo ello, obvio es, habría de hacerse, reforzando la actividad productiva, más bien superándola, dado que la organización debe garantizar el máximo de eficacia y productividad del trabajo. Ciertamente se trata de aspectos correlacionados de una manera muy estrecha, cuya eficacia de conjunto se transfiere a todas las demás actividades de la nación.

Pero esos requerimientos primordiales de la acción estatal y social han sido sólo una parte de la empeñosa labor realizada desde 1976. La exigencia de una organización eficaz se extiende a todos los organismos y las organizaciones, sean políticas, de masa y sociales, pues la construcción del socialismo requiere un desarrollo armónico de la vida económica, política y social de la nación. Lo cual implica una vigencia plena de los principios y de las normas que las reflejan, en todas y cada una de las actividades del país.

La Constitución, a la cual nos hemos referido en páginas precedentes, fue aprobada por referendo nacional el 24 de febrero de 1976. A partir de ese momento se enfatizó la constitución del Poder Popular en todos los niveles, lo que suponía la realización en el nivel político de la nueva división territorial (14 provincias y un municipio especial, en la Isla de la Juventud) aprobada en el Primer Congreso. Se celebraron las elecciones y como culminación de esa primera fase se reunió la Asamblea Nacional (2 de diciembre de 1976) la cual declaró constituidos los órganos centrales del estado (Consejo de Estado y Consejo de Ministros) presididos por el Cro. Fidel. La Ley de organización de la administración central del estado había sido promulgada por el Consejo de Ministros el 1 de diciembre de 1976.

Lo que se expresa en estos párrafos es un total reordenamiento de la vida institucional, caracterizado por la descentralización y la especialización más diáfanas de la gestión en los diferentes niveles (circunscripción, municipio, provincia y nacional).

Cuando el VIII Pleno del Comité Central del Partido (*Granma*, 4 de mayo de 1979) examinó el cumplimiento del cronograma de las tareas aprobado por el Primer Congreso, constató los avances en todos los aspectos y señaló los obstáculos y carencias propios de cada uno de ellos. Lo más significativo en cuanto a la construcción de industrias ha sido hasta esa fecha la terminación de dos centrales azucareras, el inicio de nuevas plantas eléctricas, la fábrica de combinadas cañeras, las dos fábricas de producción de tubos y elementos para regadío, la de acumuladores, la de neumáticos, el conjunto poligráfico de Guantánamo, cuatro plantas pasteurizadoras y otras instalaciones más, cuya simple enumeración explica cómo

VI. POSFACIO

El texto precedente abarcó de modo exclusivo y resumido hasta la celebración del Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba que implicó la aprobación del Primer Plan de Cinco Años (1976-1980). Nos hallamos en las vísperas del Segundo Congreso. Vale decir que lo esencial —los lineamientos y directrices— de toda la actividad social del país y su pueblo, están dados en las tesis y resoluciones de aquella simbólica reunión. La etapa preparatoria de la construcción del socialismo (1959-1975) terminó mostrando cómo a través de un esfuerzo sostenido, se habían creado las bases para el emprendimiento de un desarrollo superior. Salir del subdesarrollo, acrecido con la política de aislamiento y de bloqueo imperialista, formar una generación de técnicos y científicos, así como echar los cimientos de una institucionalidad que integró todo el quehacer nacional de un modo más eficiente, constituye una tarea extraordinaria. Y como es de la lógica del desarrollo, tras puesto cada paso, cada nivel, se han planteado cuestiones de mayor complejidad y empeño cuya superación es posible en la medida en que los planes se cumplen. Es indispensable tener en cuenta que el cumplimiento se realiza venciendo los obstáculos objetivos y subjetivos cuyos conocimientos y previsión se instrumenta, precisamente en los planes. Algunos ejemplos en relación con el desarrollo reciente de nuestra economía permitirán más adelante ilustrar estos conceptos.

El Primer Congreso del PCC aprobó el documento rector fundamental —plataforma programática— que inspira y orienta toda la vida del partido. En sus páginas, además de una sustancial fundamentación histórica y sistemática de la revolución, se hallan, como en nuez las líneas y directivas de la actividad social, abordadas *in extenso* en las diferentes tesis aprobadas también por el congreso. Las tesis, en total trece, y las resoluciones no sustanciadas por tesis, más la de carácter especial sobre el XI Festival de la Juventud y los Estudiantes, abarcan en su conjunto todas las esferas de la acción para el desarrollo: vida interna del partido, cuadros, desarrollo económico y social (1976-1980), política administrativa, Poder Popular, sistema de dirección y planificación de la economía, lucha ideológica, estudios del marxismo-leninismo, religión, Iglesia y creyentes, medios de difusión masiva, educación, política científica, cultura artística y literaria, política internacional, niñez y juventud, igualdad de la mujer, cuestión agraria y relaciones con el campesinado.

Si se aprecia el carácter universal de ese contenido, podrá concluirse que el Primer Congreso estableció una coherencia total de la política cubana al nivel del desarrollo alcanzado y planteó los objetivos a lograr en el futuro inmediato. Esto es tanto más significativo cuanto que el Informe central presentado al congreso por el primer secretario, Cro. Fidel Castro, mostraba con información y análisis acuciosos las realizaciones de la revolución desde 1959 hasta 1975 y, por consecuencia, mostraba los caminos a seguir de inmediato, particularmente en su párrafo XII, "Intenso trabajo en los próximos años".

En definitiva, la tarea de mayor entidad es la del perfeccionamiento de la organización. De un lado, la implantación del sistema de dirección y planificación de la economía, conjunto de normas y prácticas destinadas a garantizar la producción y la asignación e inversión adecuada de los recursos, puede considerarse como un pilar indispensable del plan y su realización. El *SDPE*, consuma la necesaria integración y coherencia de las ramas de la economía, como una condición

el esfuerzo realizado se encamina tanto a sectores básicos como a satisfacer las necesidades del consumo social.

Otros tantos avances se han registrado en la producción agrícola (caña, cítricos, viandas), con excepción del tabaco, afectado por el llamado mocho azul, y de otros artículos como los huevos y, más recientemente, la leche fresca.

Paralelamente, y de acuerdo con el cronograma, se registró el inicio de la fase de implantación del *SPRE*, actualmente próxima a su realización total. De particular importancia es el énfasis dado a la creación de cooperativas y a la constitución de los mercados de abastos correspondientes, que comenzaron a operar en 1980.

La Revolución cubana dio muestras en esos tres primeros años de un vigor extraordinario. Los factores subjetivos, principalmente vinculados a la exigencia de una organización adecuada a la planificación socialista pueden ser superados y, de hecho van reduciendo su importancia. Las condiciones objetivas han sido más cambiantes. Por un lado, la infección de la roya en la caña y del mocho azul en el tabaco han creado problemas serios, que fueron atacados con la energía requerida. La inflación incesante generada por los centros imperialistas ha alterado los precios de numerosas materias y productos que adquirimos en países capitalistas, mientras el precio del azúcar se ha mantenido en un bajo nivel después de 1975. El bloque imperialista continúa y, aun más, intenta acentuarse como parte de una carrera guerrista que ha provocado el rechazo de las masas en escala global.

Vuelve el imperialismo a una política de hostigamiento. Atentados, como el brutal sabotaje al avión de Cubana de Aviación en Barbados (6 de octubre de 1976), y más recientemente el incendio del círculo infantil Le Van Tan (8 de mayo de 1980); provocaciones, amenazas con maniobras militares y navales, siguen siendo la réplica de los círculos más reaccionarios del estado y del gobierno en los Estados Unidos. Es la única forma que encuentran a mano para atacar una revolución cuya pujanza y capacidad creadora constituye un hecho tan real que solamente por medios tortuosos o agresiones pueden sentirse el gobierno, el Pentágono y la CIA compensados de sus derrotas desde 1959. Al cabo de los años, ya es evidente que la capacidad táctica de réplica de la revolución es incomparablemente superior a las maniobras imperialistas y, por ende, nuestra estrategia de desarrollo logra sus objetivos. Bastaría referirse al reciente fracaso (abril de 1980) de la intriga urdida a través de la embajada del Perú en La Habana. Los especialistas norteamericanos en espionaje y provocación lograron que Cuba revelara el verdadero carácter de la palabrería yanqui sobre los derechos humanos y probara, en la propia escala de los Estados Unidos y del mundo, el tipo de elementos delincuenciales y antisociales que su propaganda movilizaba. Se pretendió crear una crisis en el país y, por lo contrario, se ha generado un conflicto en territorio norteamericano cuyas consecuencias son aún hoy de incalculable resultado.

Esos episodios forman parte de una estrategia "al borde de la guerra" que se extiende a todo el planeta (golfo Pérsico, océano Índico, Asia sudoccidental, Sudáfrica, Medio Oriente, Mediterráneo, Europa occidental y mar Caribe). Se trata de una política de amenazas y de chantaje que en Nuestra América se revelaba, particularmente, como una desesperada acción para detener la ola de la liberación nacional, consumada en Nicaragua y Granada, previsible en El Salvador y Guatemala, y a la búsqueda de una coyuntura apropiada en otros países hermanos.

En verdad, dos acontecimientos sumamente importantes han constituido verdaderas derrotas para el imperialismo y, en consecuencia, han promovido la cólera de los grandes intereses norteamericanos y de sus aliados occidentales y pequinenses. De un lado, se celebró en La Habana, el Festival Carifista con la participación de la casi totalidad de los países del área insular y continental. De otro, pese a cuantas maniobras e intrigas realizaron, la VI Cumbre del Movimiento de Países No Alineados se reunió en La Habana (3-9 de septiembre de 1979) y marcó un paso decisivo en el fortalecimiento de su programa, en la eficiencia de su acción y en la definición de su carácter progresista y liberador. Cuba que preside el Movimiento hasta la próxima Cumbre, mostró el vigor de su ejemplo y la justeza de su definida política antimperialista. El discurso del Cro. Fidel en las Naciones Unidas a nombre del Movimiento y resumiendo los resultados de la Cumbre (12 de octubre de 1979), constituyó una ejemplar plataforma para la acción en escala mundial, oponiendo a la política agresiva de los imperialistas un programa energético del Nuevo Orden Económico Internacional basado en los intereses de los países azotados por la crisis, la dominación colonial y neocolonial y por las agresiones.

Como es obvio, vuelven a circular variantes de las muy conocidas "tesis" y argumentos contrarrevolucionarios difundidos desde 1959. Desde el inicio de la administración de Carter se produjo una incesante propaganda contrarrevolucionaria sobre supuestas violaciones de los derechos humanos. Los hechos característicos de ese gobierno contradecían, tanto en los propios Estados Unidos como en la escala de los países sometidos al imperialismo, toda la palabrería demagógica difundida entonces. La revolución había llevado a su más alta expresión, colectiva e individual, el respeto y el aseguramiento de esos derechos, incluyendo aquellos que ningún país imperialista y, en primer término, los Estados Unidos, garantiza y ofrece (derecho al trabajo, a la educación, a los deportes, a la cultura, a la participación política y social, entre otros). La réplica a esa campaña fue rápida y firme. Sin necesidad de intermediarios imperialistas, la revolución estableció un positivo diálogo (Acta Final, *Granma*, 11 de diciembre de 1978) con los representantes de la comunidad cubana en el exterior, acordándose la liberación de los contrarrevolucionarios que pedían expatriarse libremente. También podían hacerlo aquellos que desahaban reunificar su familia fuera del país.

Lo que no eran capaces de realizar los gobernantes imperialistas en su propio territorio, ni mucho menos los dictadores y sátrapas, amamantados por sus créditos copiosos y fortalecidos con sus armas, como sucedía en Chile, en la Nicaragua del genocida Somoza, o en el Paraguay de Stroessner, fue consumado por nuestra revolución tras diez años una política continua de excarcelación y de autorización para salir del país.

A partir de ese momento, el descrédito de la propaganda de los "derechos humanos" quedó evidenciado y comenzó otra etapa, propia de la alternancia entre la demagogia y la amenaza que singulariza a la política internacional, inescrupulosa por demás, de los Estados Unidos.

Comenzó un nuevo ciclo. Con el fariseísmo propio de la propaganda imperialista se intentó (1978) mostrar que Cuba era una "base" soviética. La respuesta cubana fue tan energética y sólida que los propios voceros del gobierno de los Estados Unidos se vieron precisados a retroceder y contradecirse.

En los meses más cercanos (1979), se reactivó el "manual" oficial de la "exportación de la revolución". Y de la inteligencia de los expertos, los especialistas, los provocadores, los Brzezinski y sus sabios halcones nació la tesis del "ejemplo" de la Revolución cubana. La victoria del Frente Sandinista de Liberación Nacional y de la revolución en Granada, así como la acentuación significativa de la lucha en El Salvador, mostraban la nueva faz de la América Latina. La miseria intelectual e ideológica de los grupos que instrumentan la política agresiva de los Estados Unidos nunca, en momento alguno, aceptará que las revoluciones populares nacen de las condiciones reales de cada país, se alzan por sí mismas y vencen. Su fuerza es la conciencia de las masas formada en decenios de explotación y de represión. Si los imperialistas conviniere en esta verdad, reconocerían que el único factor decisivo en la marcha acelerada de la liberación nacional, tanto en América Latina como en el resto del planeta, no es más que uno: la acentuada dominación imperialista. Los explotadores, conscientes de esa verdad, no están dispuestos a confesarlo. No le hace, están condenados, y lo saben.

Un resumen de la historia del medio siglo tiene que advertir dos elementos principales. En primer lugar, se ha consumado la transformación más profunda de nuestro tiempo. Desde 1959 fue barrido el semicolonialismo y, en la medida de una esforzada creación de la nueva vida, se han echado las bases de la construcción del socialismo. No ha sido fácil realizar esta proeza, ya que la Revolución cubana ha tenido que enfrentarse a la acción contrarrevolucionaria permanente de los imperialistas como parte inseparable de las condiciones del subdesarrollo en que se inicia el proceso. Como es obvio, las agresiones y el bloqueo son los mecanismos exteriores —ahora que ya no poseen dominio interior del país— para mantener esas condiciones frustradas o frenadoras.

Dicha transformación se define porque ha logrado un nivel de producción y de organización —en algunos casos, se trata de una creación total, nueva, inconcebible en la situación prerrevolucionaria— sustancialmente superior a todo lo realizado hasta 1959. En este aspecto, el desarrollo se revela en el hecho de que el país puede afrontar sus tareas internas en un grado de complejidad y también de eficiencia superior. Por otra parte asume plenamente los compromisos de su posición internacional, como reafirmación de los principios económicos y políticos que caracterizan la revolución desde su inicio.

La presencia de la Revolución cubana y sus éxitos forman parte, ya irreducible, de un cuadro global de transformaciones propias de un vuelco histórico que universaliza a la liberación nacional y al socialismo. Esto sería, sin duda, el otro elemento propio del resumen de los cincuenta años transcurridos desde 1925, expresado en la confluencia histórica de las condiciones internas e internacionales, generadas desde entonces, y reveladas como fuerza de irreversible eficacia desde 1959.

VII. BIBLIOGRAFÍA MÍNIMA

Acosta, José, "Cuba: de la neocolonia a la construcción del socialismo", en *Economía y Desarrollo*, núms. 19 y 20, La Habana, Universidad de La Habana, 1973.

SIGLAS

Alvarez Ríos, Baldomero, *Cuba: Revolución e imperialismo, asuntos, cifras y fragmentos*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 480 pp. (Útilísima compilación de testimonios cubanos y norteamericanos.)

Anuario Estadístico de Cuba, editado por JUCEPLAN, La Habana, 1975, numerosas series sobre las diversas ramas de la actividad nacional desde 1967 hasta 1973.

Castro, Fidel, *Informe del Comité Central del Partido Comunista de Cuba al Primer Congreso*, en *La primera revolución socialista en América, México, Siglo XXI*, 1976.

Cronología de la Revolución II, 1959-1965, editada por las Escuelas de Instrucción Revolucionaria, La Habana, 1966. El tomo primero no se publicó; sirve de pauta para seguir el curso de los acontecimientos.

"Cuba económica", en *Economía y Desarrollo*, La Habana, noviembre-diciembre de 1976. Análisis del movimiento económico en 1975.

Développement et perspectives de l'économie cubaine, Banque Nationale de Cuba, 1975. *Diez años de revolución en salud pública*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto del Libro, 1969.

La educación en Cuba, editado por el Ministerio de Educación, La Habana, 1974. Información sobre la educación en 1959 y el desarrollo actual de todas sus ramas. Partido Comunista de Cuba, *Tesis y resoluciones*, Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, La Habana, 1976.

Plataforma programática del Partido Comunista de Cuba. Tesis y resolución, La Habana, 1978.

Política exterior del gobierno revolucionario de Cuba 1959-1964, editado en mimeógrafo por el Ministerio de Relaciones Exteriores, La Habana, 1964. Los textos están ordenados alfabéticamente por temas.

Rodríguez, Carlos Rafael, "Los logros de la economía cubana", en *Economía y Desarrollo*, núm. 23, La Habana, 1974. Resumen de la fase actual.

Fuente imprescindible son los discursos del primer ministro y otros dirigentes. Han sido publicados en la serie titulada *Obra revolucionaria (1959-1965)*. Posteriormente sería preciso consultarlos en *Granma* (edición diaria o resumen semanal).

VIII. SIGLAS

ANAP: Asociación Nacional de Agricultores Pequeños.

CAME: Consejo de Asistencia Mutua Económica (en inglés es COMECON).

CC: Comité Central.

CIA: Agencia Central de Inteligencia.

CDR: Comités de Defensa de la Revolución.

CNIC: Centro Nacional de Investigaciones Científicas.

CNOC: Confederación Nacional Obrera de Cuba (1925).

CTC: Confederación de Trabajadores de Cuba (1939).

CTC-C: (Actualmente) Central de Trabajadores de Cuba.

CTC-R: Confederación de Trabajadores de Cuba Revolucionaria.

DOR: Departamento de Orientación Revolucionaria.

DRE: Directorio Revolucionario Estudiantil.

ESBEC: Escuela Secundaria Básica en el Campo.

FMC: Federación de Mujeres Cubanas.

IMCA: Instituto de Investigación de los Derivados de la Caña.

INRA: Instituto Nacional de la Reforma Agraria.